TECATEANDO EL RECUERDO

José Manuel Valenzuela Arce

Tecateando el recuerdo

José Manuel Valenzuela Arce

TECATEANDO EL RECUERDO
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© José Manuel Valenzuela Arce
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: José Manuel Valenzuela Arce
Diseño editorial: Estudio APP
Portada: *Auka maj kuar kuar (Ven, vamos a platicar)* de Álvaro Blancarte
Fotografía de autor: Alfonso Caraveo

ISBN: 978-607-546-373-5

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Tecateando el recuerdo

I TECATEANDO EL RECUERDO **9**

La ausencia de Diana 11

La Encantada 29

Los Cuerveros 39

Retazos de infancia 45

El Chiquilín 69

Ritos de iniciación 71

El secreto de Cronos 89

John Wayne y los narcos 95

II RECREACIONES ACUCHUMADAS **103**

Recreaciones Acuchumadas 105

Los solares de Ítaca 109

Los tangardeles de padre 111

El aroma del recuerdo 115

Las pasiones del Johnny Tecate 121

Mnemósine y el Vikingo 125

Monitos curados 129

La unión de la diáspora 135

I

Tecateando el recuerdo

La ausencia de Diana

El paso por la escuela primaria conlleva el redescubrimiento del pueblo y del mundo. Como muchos inicié un solitario enamoramiento de la patria, pero no de la recuperación selectiva de lo mexicano, sino de su dimensión corpórea, como mujer-portada de libro de texto. Las redes del barrio se ampliaron o diluyeron frente a nuevas lealtades definidas por el grupo escolar con sus consignas chuscas, amistosas, competitivas y belicosas.

A la profesora Chachita la consideraba una heroína bondadosa salida de los libros, al igual que al profe Liborio Vázquez, quien posiblemente combatió en alguna batalla del texto. Egresamos de la escuela primaria cargados de recuerdos donde participaban los profesores Eva Chávez, Enrique Ceballos, Yolanda Fukuy y Rosy Valenzuela.

Los nuevos amigos se formaban en las lides deportivas y las *broncas* en el recreo o al final de clases. En la escuela aprendimos información que conducía a otros mundos, historias en las que no participábamos. Por las noches nos apropiábamos de esas figuras distantes, imaginándonos Atilas, Budas, Carlomagnos, Confucios, Zapataz, Villas o cualquiera de los grandes personajes de los libros que marcaban el destino.

Al salir de la escuela, el recorrido a casa era largo e intenso. Una tarde, al pasar por el pasaje central encontré a Vicente conversando con Diana. Pasé calladito, a diferencia de lo que hacíamos cuando nos burlábamos de su exceso amoroso, pero ellos ni se molestaban, nos ignoraban igual que los personajes distantes de los libros. Por las

tardes, cuando el sol se ocultaba tras la montaña, el Cuchumá adquiría tonalidades rojizas o grises que enmarcaban su forma y daban fuerza a su presencia vigilante. La casa de Kuchaamaa, el guerrero petrificado que guarda a Iztakat, acompañaba los últimos rayos solares y daba la bienvenida a la romántica presencia de Selena. Vicente empezaba su recorrido desde el rancho La Puerta, en las faldas de la montaña. Caminaba por el callejón Libertad, cerca de la escuela Padre Kino, luego doblaba a la derecha hasta la avenida Juárez y seguía por la tienda de Montalbán. Ahí se encontró con Anselmo, quien disimuladamente le comentó:

—Oye valejito, cuídate de los Chemitas que te andan buscando, ayer anduvieron preguntando por ti, te traen entre ojos, así que ponte *trucha*, con ésos no se juega.

—Gracias Anselmo, anoche me avisaron, por eso ya no bajé al centro, pero ahora no aguanté las ganas de ver a la Diana, ya sabes...

Vicente continuó su camino. A los pocos minutos vio a los Chemitas que se encontraban estacionados entre las gasolineras de Flores y Almonte. Pensó que buscaban información para localizarlo. Aceleró el paso y continuó temeroso su camino por la tienda Mingos, sudando el miedo frío. Checó en el espejo de la Anita's Curios para cerciorarse de que no le seguían. Luego entró a las Tortas El Pollo y se fue hasta el fondo, junto a la rocola. *In a Gadda da vida*, de Iron Butterfly, salía insistente acompañada en la batería por el Shorty, quien con movimientos rápidos y contundentes marcaba el ritmo en su tarola imaginaria.

Vicente pidió una torta de lomo y tacos fritos. A los pocos minutos vio al Shorty que se aproximaba sigiloso. Se sentó a su lado como si evitara que los vieran juntos y, susurrando, le dijo:

—*Trucha* con los Chemitas mi Chente, nomás lo andan *zorreando*, ayer los *guaché* por su cantón preguntando pa ver *quién tira rata*. Aguas que son bien *auras*, si te agarran se van *agandallar* contigo, no te la vas a acabar.

—¿Qué quieren Shorty?

—*Neta* que *nel* ése, cero, no sé, pero no ha de ser nada bueno, ya ves que a los que agarran los borran y alégale al *ampayer*.

El Shorty se retiró a su rincón y continuó acompañando la música de la *rocola*. Minutos después Vicente prosiguió su recorrido. Algunos aprovechaban para prevenirlo de lo que todos sabían: que él sería la próxima víctima de los Chemitas. Vicente decidió refugiarse en su juego habitual de cerrar los ojos y caminar señalando en voz alta la ubicación exacta de los comercios. Los ocasionales transeúntes, le corroboraban los aciertos y a veces le inventaban yerros para desconcertarlo. Vicente abría los ojos sólo para comprobar su tino y luego volvía a cerrarlos y, como si rezara un rosario, continuaba la descripción cartográfica del pueblo: panadería La Guadalupana, miscelánea Minerva de los Quezada, tienda El Emporio de los Morales, Licores San Francisco, donde Reynaldo Vázquez regalaba mochilas de cartón, Librería México, El Íntimo, la zapatería de López Tovar y Farmacia Cital.

—Ahora estás frente a los Chemitas, le dijo una voz gruesa.

Vicente abrió los ojos asustado, pero reconoció al Pomponio, quien se acercó molesto:

—No seas tonto Vicente, cómo te pones a jugar ahora, mejor vete del pueblo, la cosa viene muy dura, mejor no te arriesgues.

Estaba cerca del cine. Sin hacer caso de la advertencia, se metió en el pasaje, donde Diana Artemisa lo estaría esperando.

Ella lo recibía con gesto amable pero ansioso, sin enojo. Vicente apresuraba el paso y se fundían en un abrazo prolongado, olvidándose de todo cuanto pasaba y de los eventuales comentarios burlones de los testigos mordaces. Luego se quedaban conversando en la fuente, sintiendo la brisa artificial del agua menuda que a veces atrapaba fragmentos de un arcoíris que ahí mismo nacía y ella era el tesoro de la historia. Diana era de piel morena y firme, piernas fuertes y torneadas, de cintura estrecha y senos perfectos. Una diosa extraviada en el valle tecatense que le había elegido para ofrecerle su amor. Vicente contemplaba el rostro misterioso, sereno de su Diana. Detrás de su dulzura y su gesto amable Diana parecía estar siempre atenta, erguida, desafiando al mundo con su cuerpo de diosa. Era una amazona dispuesta a lanzar sus flechas infalibles al corazón de los adversarios o una cupida que arrojaba certeros dardos de amor. Su frescura era sorprendente y, aún en los días calurosos, su piel tersa era brisa acariciante.

«¿Qué *onda* mi Dianita con *chin chin*?», decía Vicente y se acercaba sonriente. Diana lo veía piadosa, cerraba los ojos y disfrutaba sus comentarios amorosos.

Una tarde, Vicente llegó preocupado, hablando de cosas que a Diana le interesaban pero que sólo comentaban cuando él andaba atrapado en sus cavilaciones y le contaba del proceso reciente por el cual Baja California transmutó de Territorio a Estado Federado, o de asuntos políticos locales. Luego la tomaba del brazo y se dejaba atrapar

en la inigualable belleza de Diana, en su armónico mimetismo con el resplandor lunar.

Vicente le contó que en Tijuana intentaron desalojar a los habitantes de "Cartolandia", donde gente empobrecida vivía en casas de cartón de las cuales brotaban caprichosas figuras de yeso que simulaban blancas coronas sobre los techos. Que en el desalojo hubo heridos y hasta muertos. Diana lo abrazaba, sentía su cuerpo tembloroso y entonces sí lloraba conmovida por su tierna bondad. Vicente regresaba al tema del amor. Recorría su cuerpo con lenta ansiedad mientras Diana le contaba historias increíbles sobre mundos fascinantes, distantes. Vicente le prometía que cuando tuviera dinero harían juntos el esperado viaje a su tierra natal. La veía como si fuera una estrella caída por casualidad de esos lugares extraordinarios de los que ella hablaba usando referencias de otros tiempos y otros lugares.

Diana le contaba de su madre Leto, de su accidentada huida de una mujer terrible y poderosa. También le hablaba de Delos, una pequeña isla flotante donde nacieron Diana y Polo, su hermano gemelo. En realidad, se llamaba Apolo, pero ella le llamaba Polito desde que eran pequeños, cuando él comenzaba a apasionarse por la música y la poesía.

Diana gustaba ver al cielo, contar cuentos y explicar teorías. Hablaba del origen humano a partir del caos del que nacieron la tierra y el cielo, Gea y Urano, antecedentes cercanos de la vida. Era irreverente con el tiempo, mezclaba historias ocurridas siglos atrás con relatos y anécdotas recientes.

El pasaje era poco transitado y tenía una atmósfera envidiable que acrisolaba tonalidades. Las apacibles tardes tecatenses, sin embargo,

no eran suficientes para tranquilizar a Vicente quien, sin soslayar el tierno cuestionamiento de Diana, comenzó a hablar despacio.

—Existe un cuerpo especial de seguridad al que llaman los Chemitas. Dicen que son bravos, medio criminales. Parecen *gangsters* de esos que salen en el cine de los años veinte. Ándale, como la escolta de Al Capone, a mí no me consta, pero eso es lo que dicen.

Diana lo veía fijamente y, a pesar de la sonrisa de Vicente, adivinaba que por primera vez le mentía, intuía que Vicente estaba en problemas mucho más serios de los que él le compartía.

—Ten cuidado Vicente, no te vayas a comprometer, dicen que te andan buscando y ya no vivo tranquila pensando que te puedan hacer daño.

Diana le suplicaba que se anduviera sosiego, que se serenara. Luego se refugiaba en los poemas amorosos que Vicente le escribía. Días después Diana vio a los famosos Chemitas y sintió un fuerte estremecimiento.

Le impresionó la fuerza y seguridad de esos hombres capaces de hacer cualquier cosa y pensó en lo terrible que sería si Vicente cayera en sus manos.

Vicente estaba extraño, parecía preocupado, actuaba como perseguido. Diana sabía que era vigilado, pero no podía imaginar la relación entre Vicente y esos hombres de tosca apariencia. Una tarde, mientras Diana y Vicente conversaban en la fuente, vieron aparecer por el pasillo del bar a tres Chemitas. Vicente se despidió presurosamente y salió corriendo en sentido contrario. Diana fue perdiendo la serenidad. Se ponía furiosa cuando veía pasar a los Chemitas que salían del bar lanzando sus palabrotas, avanzando inciertamente, como gorilas

amenazantes y torpes que podían acabar a cualquiera en un instante, especialmente a Vicente, tan indefenso.

Vicente caminaba por la avenida Hidalgo a la altura de La Cervecería y siguió rumbo a la cafetalera. Al cruzar la calle, vio un auto que se abalanzaba contra él. Escuchó el brusco frenar y mediante imágenes pardas y fragmentadas lo vio deslizarse. El carro se detuvo justo a unos centímetros de Vicente. Él no intentó huir. Sintió que lo agarraban y derribaban sobre el pavimento con destreza impresionante. Sus atacantes ni siquiera despeinaron sus grasientas cabelleras fijadas con brillantina Glostora o Jockey Club.

El cuerpo sangrante fue subido al carro que enfiló a toda velocidad hacia Mexicali. Vicente se sentía en un horno. El calor infernal incrementaba dentro de la cajuela. Pensó en Diana y el llanto se le vino fuerte, sin importarle los golpes y gritos que desde el interior del auto lo conminaban a callarse. Lloraba, gritaba, pedía desesperado que no lo separaran de Diana, que le permitieran despedirse aunque después lo mataran. La cajuela se abrió intempestivamente y Vicente recibió un golpe certero en la mandíbula que le hizo perder el conocimiento.

Vicente despertó desesperado por la falta de oxígeno. Intentó gritar para pedir ayuda pero sólo emitió un sonido incoherente, apenas audible. Comprendió que le habían roto la mandíbula y no podía mover la boca pues el dolor era intolerable. Comenzaba a patalear cuando abrieron la cajuela, sin golpes, sólo sonrisas burlonas y un brillo intenso, pues la luminosidad externa le deslumbraba. Bajó la cabeza y así se quedó varios minutos. Cuando se acostumbró a la luz levantó los ojos y vio a los Chemitas que platicaban con dos

hombres fuertes parados en la entrada del edificio con sus uniformes blancos, blanquísimos. Se encontraba en La Rumorosa, la parte más alta de Tecate, sitio de enormes y poderosas fuerzas eólicas donde se contempla privilegiadamente la Laguna Salada y la ciudad de Mexicali. Los hombres de blanco se aproximaron al carro y a empellones lo introdujeron al edificio.

—¡Éste pasa sin registro!

Uno de ellos trajo un balde con agua que puso frente a Vicente y le ordenó seco, cortante:

—¡Te lavas hasta que desaparezca la sangre, luego te vamos a hospedar en una *suite* de lujo!

Lo llevaron hasta un galerón donde Vicente, asustado, sentía que le taladraban las entrañas pues el dolor se incrementaba con su indefensión, el miedo, el dolor, el escenario atemorizante. Vio a hombres, mujeres y niños habitando otras dimensiones. Escuchaba gritos de angustia incontrolable, llanto de amargura añeja. Unos hacían gestos amenazantes, pero los demás estaban sentados en el piso con la mirada perdida del abandono. Las ropas raídas, harapientas, dejaban al descubierto pieles sucias, maltratadas. «¡Muerte al intruso! ¡Muerte al intruso!», gritaba un hombre gordo, enorme, blandiendo una espada imaginaria y se abalanzó contra Vicente, quien se preparó para recibir una nueva golpiza, pero el hombre pasó a su lado y continuó de frente. Después dio media vuelta, volvió a lanzar su consigna de guerra y reinició la carrera hasta la pared opuesta. Vicente comprendió que la cruzada no era contra él sino contra los intrusos mentales del gordo. Eligió su pedazo de piso y se sentó a llorar la ausencia de Diana, ausencia que engrandecía su desamparo.

Por tercer día consecutivo Vicente no acudió al pasaje. Diana, silenciosa, sentía el puñal de la ausencia. Enojada, planeó el castigo que daría a su ingrato enamorado. Después regresó a su estado de desesperación y tristeza al presentir que algo malo le había ocurrido, alguna desgracia que también sería suya.

Parecía que Vicente se hubiera desintegrado y eso hizo crisis en la bella enamorada. Cuando regresábamos de la escuela y pasábamos por el pasaje, Diana nos acosaba con preguntas sobre Vicente. Nosotros le contábamos lo que todos sabían, que fue atrapado por los Chemitas y que posiblemente lo tenían en el manicomio de La Rumorosa, eso si aún vivía. Diana guardaba silencio, después se ponía *llorosita*.

Vicente no lograba recuperarse de la golpiza. Había construido su propia realidad y desde ahí tejía recuerdos amorosos de las tardes incomparables con su Diana, sentía la frescura de su cuerpo, el dulce contacto de su piel, su mirada acariciante, sus largos cabellos, su complicidad apasionada.

Un viejo alto, flaco, de nariz aguileña y gesto severo a quien llamaban el Profe irrumpió en la atmósfera de Vicente. El Profe vestía un traje negro, gastado, brilloso. Hablaba erguido, como si dirigiera su voz al futuro, al infinito, como los discursos de los héroes de los libros de historia que siempre tenían palabras oportunas. El Profe preguntó displicente:

—¿Cómo se encuentra el enamorado?

Vicente guardó silencio.

El Profe tomó aire y, sin más, comenzó un discurso en voz alta, dirigiéndose a un auditorio ubicado más allá del galerón, más allá del tiempo, más allá del evo histórico.

—Amar es la más sublime e hipócrita manera de quererse a uno mismo. El amor es una paradoja egocéntrica que se realiza por la mediación de otra persona, asociación vulnerable, porque amar implica trascender la subjetividad, el mundo interno y explorar el externo, el que está afuera, lo que no nos pertenece, mundos controlados por otras subjetividades. Por eso los enamorados nunca están seguros ni confiados. Ellos construyen su ideal amoroso, lo llevan consigo como los planos de una casa y se lanzan a la búsqueda de alguien que quiera asumir la personalidad y conducta quimérica que se les ofrece. Un mapa seductor, terrible, construido por generaciones de fantasmas que nos habitan. El amor es excluyente, niega incluso a quien se afana en mimetizarse con la cartografía del ideal amoroso.

—¿Qué sabes tú del amor?, dijo Vicente, con voz apenas audible debido a su mandíbula fracturada.

El Profe ni siquiera volteó a verlo, simplemente continuó su discurso:

—El amor busca sacralizar, eternizar los instantes, empresa condenada al fracaso. Un fracaso tan grande como la situación lastimosa en que te encuentras, tirado sobre el piso, llorando intermitentemente la ausencia de tu Diana, la otra parte de tu historia amorosa que es ya la única historia de tu vida, porque el amor es demandante, exige todo, absorbe, consume a los cuerpos fugaces que habita. Tú lo sabes Vicente, lo saben los enamorados.

—Diana y yo lo encontramos, no hemos fracasado, dijo Vicente tratando de incorporarse.

—No, el amor es evanescente, escurridizo, inaprensible, se desvanece frente a nuestras manos y miradas. Se construye en

el encuentro de cuerpos separados, distintos, con biografías que confrontan sus propias huellas emocionales. Los enamorados intuyen la fragilidad del amor, por eso buscan fundirse y en ocasiones construyen la ilusión de que son uno, que laten a un solo ritmo, que se adivinan pensamientos y deseos, falsedad que sólo esconde la atribución o la imposición de los deseos propios. Pero esta ilusión se difumina, se rompe, se fragmenta, no puede durar y su destrucción los confronta con la impactante certeza de que habitan cuerpos separados y que la posibilidad de ser y sentir mediante el otro tiene límites infranqueables. Límites humillantes que conducen al desamparo, a una situación como la tuya ahora que te encuentras arrinconado, sintiendo el peso apabullante del abandono, sin poder regodearte en tu ilusión amorosa ni refrendar la presencia gozosa y hedonista de tu amada.

—Nuestro amor es más fuerte que la ausencia, más poderoso que el olvido, nuestro amor es placer y nuestro placer es amor —dijo Vicente—, indignado, a la defensiva; el amor es el único sentido de la vida, es el sentimiento más generoso y desinteresado, el amor es ser para otro o para otra, que es el más grande de los placeres, el más glorioso de los destinos.

El Profe lo escuchaba conteniendo la risa y, en cuanto Vicente terminó su alegato, volvió a la ofensiva:

—El placer es el encuentro con nosotros mismos a través de otra piel. La sensación que todos buscamos prolongar, repetir, eternizar, pero que se escapa para volver en otra piel, en otros ojos, en otras manos. No hablo del placer idealizado que se alimenta de sueños ingenuos, sino del amor que se construye en el contacto con mujeres

concretas con quienes somos felices y a quienes debemos expulsar para que el placer no muera. Sólo entonces la pasión se desborda frente a la mujer que se te ofrece, que te devora, que se confunde en tu cuerpo. Ella desaparece, pero la pasión queda con igual anhelo frente a otra mujer, por eso la pasión es abierta mientras que el amor es egoísta, egocéntrico, cerrado, excluyente, como las atmósferas que tú y Diana construyeron en el pasaje, donde sólo ustedes dos cabían y se olvidaron de los otros, incluso de los Chemitas.

El hombre lanzó una última mirada a Vicente que lo observaba incrédulo, tembloroso. Lo sentía amargado, con el corazón envenenado, pero creía que algo de verdad encerraban las palabras de su molesto monólogo corrosivo y lapidario.

Los días tenían ritmos de eternidad. Con frecuencia creciente, Vicente era asaltado en sus atmósferas solipsistas. El personal del Centro Psiquiátrico ni siquiera le había dirigido la palabra, nadie le había interrogado y Vicente ignoraba las causas de su encierro.

Semanas después, unos pasos sigilosos en la penumbra despertaron a Vicente. Vio a una figura que se acercaba silenciosa. Descubrió la mirada taladrante del Profe que le observaba fijo, sus ojos tenían luz propia que destacaba misteriosamente con las sombras del galerón. Había angustia e irritación en su semblante, pero más impresionaba la fuerza de su voz metálica. El Profe se acercó, luego, vociferando, inició su discurso:

—Aquí están los proscritos, los habitantes de los bordes, la periferia de la razón, los que llegaron a los límites mentales. Transgresores de la norma que saltaron la barda de la conciencia, que escupieron sus sueños, que desbordaron sus pasiones.

La normalidad es camisa de fuerza y la ley una vaga referencia espuria. A los locos nos construyen desde afuera mentalidades temerosas adheridas a falsos fundamentos sobre las fronteras de lo real. Gente abatida por el miedo, amanuenses mutilados por el deber y aniquilados del corazón.

Vicente se había acostumbrado a los monólogos del Profe, por eso no lo interrumpió, incluso, sintió que le agradaba escuchar su letanía vociferante, que era ya su único contacto con la vida.

—Admiro la dignidad de los autistas, como esos que están junto a la puerta, amurallando sus sueños sin contaminarlos con simulacros de comunicación. Ignorando a todos en un soliloquio que no admite conculcaciones ni interacciones envenenadas, que no dan tregua: antesala de la complacencia lastimosa. Locos de mundos ausentes, desdeñosos del deber, de la lógica y de la costumbre. No piden permiso ni suplican en su constante diálogo con la muerte, su verdadera interlocutora. Tampoco se rinden frente al amor que acobarda, como a ti te tiene acobardado, llorando y gimiendo para despertar la compasión lastimera de tus verdugos. Los locos son prófugos del poder, transgresores. Descansan en su propio mundo y eso es peligroso para quienes todo quieren controlar, los que te controlan a ti que te refugias en el recuerdo, incapaz de enfrentar la crueldad inhumana de tus captores o de evadirte al mundo interior y eso es lastimoso Vicente, porque aún tienes fuerza, no como los del pabellón 14, a quienes la sangre les brota sin descanso, quienes mantienen la batalla más feroz en el punto mismo donde el aire se hace vida. Tuberculosos sin posibilidades ni esperanza traídos para morir junto a los locos que desafiamos el sinsentido de sus sentidos, la inmoralidad de su moral, la desvalorización de sus valores.

Aquí hay de todo, seres atrapados por males terribles que les consumen poco a poco, detractores del orden político y moral de los poderosos, artistas que construyen mundos nuevos, amenazantes, apasionados iconoclastas y enamorados: locos como tú, embelesados en la búsqueda inalcanzable de la permanencia amorosa.

El Profe se alejó para invadir con sus palabras delirantes a otro de los involuntarios moradores del manicomio.

Era de madrugada cuando se escucharon gritos estruendosos, voces conminatorias y ruido de motores. Varios hombres armados dirigidos por los Chemitas entraron obligándolos a concentrarse en el centro de las instalaciones. En pocos minutos todos se encontraban reunidos. Los llevaron a la salida y los subieron en autobuses. Los Chemitas vigilaban las puertas, ataviados con su inconfundible vestuario sacado del *glamour hollywoodense*.

Los camiones enfilaron rumbo a Mexicali, pero al bajar La Rumorosa, con sus enormes rocas y sus vientos sonoros, se dirigieron a la Laguna Salada donde les hicieron descender y los formaron en una columna aterrorizada por el extraño brillo de las armas y el trato ríspido, violento. Algunos veían con indiferencia, incapaces de comprender el significado del peculiar paseo nocturno. Vicente advertía la macabra sonrisa que prefiguraba la escena.

Uno de los Chemitas dijo amenazante:

—¡Despídanse señores!

Algunos ingenuos, acostumbrados a recibir órdenes, comenzaron a estrechar sus manos y a hacer señales de adiós. El Profe se acercó a Vicente, le dio un abrazo prolongado, después le dijo en confidencia y con cierta vergüenza:

—Yo tuve un gran amor. Era bella y generosa, pero me la robaron los carrancistas en la Revolución. La busqué muchos años siguiendo la ruta de los batallones, hasta que encontré la fosa común donde la enterraron con decenas de cuerpos no identificados, cuerpos de la *bola*, cuerpos del pueblo.

En la quietud de la noche las detonaciones sonaron secas, contundentes. El Profe cayó a los pies de Vicente, luego se propaló una secuencia espantosa de gritos, de aullidos, hileras ateridas de cuerpos sangrantes. Algunos trataron de escapar, entre ellos Vicente, quien corrió a toda velocidad, pero fue alcanzado por las balas y cayó de bruces sobre la arena.

Diana escuchó los rumores en los que se decía que los Chemitas habían matado a locos y enfermos de La Rumorosa, pero no quiso creerlo. Prefirió mantener la ilusión de que Vicente vivía, que un día, así nada más, iniciaría su recorrido vespertino desde las faldas del Cuchumá y aparecería en el pasaje, donde ella lo estaría esperando. Sin embargo, fue perdiendo la esperanza, dejó de preguntar por Vicente, su rostro apacible adquirió huellas de tristeza. Le confirmaron que en la Laguna Salada habían matado a los internos del hospital de La Rumorosa y tuvo la certeza que Vicente estaba entre ellos. Mucho tiempo duró su llanto tardío, hasta que comprendió que él no regresaría y salió a buscarlo.

El pitido de La Cervecería sonó largo, amargo. La noticia fue impactante: Diana se había ido. Vanos resultaron los esfuerzos para encontrarla. Nos congregamos en el pasaje donde tantas veces la vimos conversar con Vicente, pero la fuente de alegres tonalidades policromáticas, ahora lucía triste, casi seca. Diana nos había abandonado.

Rápido comenzaron a difundirse suposiciones sobre la ausencia de Diana. Dijeron que se la habían robado unos gringos alcoholizados; que vivía en casa de un importante político; otros decían que, destrozada por el abandono de Vicente, se había ido con un camionero; que se había prostituido y trabajaba en un *cabaret* de Tijuana. También afirmaban que se había dado a la bebida y vivía en un bar de Tecate, que salió de ahí poco después, prematuramente envejecida e irreconocible. Los testimonios de los clientes del bar fueron descartados con el manido argumento de las alucinaciones etílicas, aduciendo que la confundían con el cuadro de Marcos Brambila, quien la pintó días antes del secuestro de Vicente. La duda permaneció. A los asistentes consuetudinarios del bar Diana se les veía salir de forma sospechosa, como si algún pacto juramentado o secreto rigiera sus vidas desdobladas entre el mundo de afuera y la cotidianidad misteriosa de la cantina.

Muchas explicaciones falsas y fantasiosas escuchamos sobre el doloroso abandono de Diana, de la noche en que salió del pasaje, caminando con la tristeza del desamor hasta el parque impregnado de la música de tantos bailes y ferias, como aquellas inolvidables de Tecate en Marcha. El parque de atmósfera serena impregnada de la energía amorosa de los noviazgos que ahí florecieron. Diana continuó hasta la estación de autobuses, frente a la casa de Javier Chavarín, donde Talavera despachaba con su eterna gorra cosaca.

Las lágrimas rodaban silenciosas por las mejillas de Diana quien, finalmente, tomó la decisión. Salió de la estación y caminó rumbo a Mexicali. Horas después llegó al hospital abandonado en La Rumorosa. Se estremeció en el galerón que conservaba ecos

del miedo, de la tristeza y la desesperanza que le habitaron. En el umbral de la noche, llegó a la Laguna Salada. Un águila, un cuervo y un halcón de cola roja, los custodios tecatenses, los mensajeros de Cuchumá, volaban en círculo, delimitando el sitio de la masacre, sitio al que Diana llegó corriendo, trémula, anhelante. Los tonos lunares la fueron envolviendo, generando un mimetismo luminoso y triste, un resplandor expansivo que aún se percibe en Tecate durante las noches de estío.

En el pasaje, la fuente vacía conserva la base donde se encontraba la majestuosa estatua de Diana. En ocasiones, ella regresa por las noches, se sienta junto a la fuente y ahí permanece, llorosita. Luego se para y voltea sonriente, como en las tardes veraniegas cuando esperaba ansiosa la llegada de Vicente.

La Encantada

La carretera Tecate-Tijuana adquiere intensidades diferenciadas, dependiendo de la dirección en que se transite; eso se distingue en los rostros de quienes salen por la mañana a trabajar y regresan por la tarde o noche, sudados y cansados, desafiando la resistencia interna de la burra que mezcla olores e ilusiones como una gran batidora donde, apretujados, viajan obreros, jornaleros, albañiles, estudiantes, meseros, prostitutas o madres que llevan a sus hijos al Seguro. Ahora que con carro la cosa es diferente, los 30 minutos de camino contrastan con la hora y media o dos que dura el trayecto en camión.

En la noche, los viñedos y olivares que enmarcan el camino, simulan columnas de guerreros que se desplazan en sentido opuesto. Siempre huyendo del destino hacia el que uno avanza, como señales de vida recurrentes que evidencian nuestro errático camino.

Distingo la mancha blanca que semeja un espantajo ondulante parado en medio de la carretera. Mancha frágil, huidiza, que apenas resiste la violenta embestida de los vientos de Santa Ana ante los cuales los árboles gimen y se deshojan. Es inútil tratar de localizar en la radio alguna *rolita* norteña, una cumbia, un *rock* o algún locutor de medianoche que acompañe a los conductores.

Los vientos destruyen las señales y sólo un zumbido burlón y siniestro se cuela por la radio para evidenciar el aislamiento, la incomunicación de los conductores. Entonces el cambio de luces se convierte en acto de apoyo o temor compartido.

Saco un casete de Los Lobos para alegrarme con la *Anselma*, pero sólo escucho un ruido agudo que sale del aparato, risa siniestra

que estruja la cinta y la saca del cartucho en absurda complicidad con los vientos nocturnos. Nuevamente el *chillido* emergiendo del estéreo. Es el grito de los indios a quienes despojaron de estas tierras, como si parras, olivos y encinos aún encendidos huyeran lastimeros. Teas gigantes que al arder iluminan el valle, mientras que el latifundio de Bandini se desvanece ante el rencor y la venganza indígena, en un sacrificio que cada verano se reproduce como ritual que rememora el estigma y el despojo a los indios.

Peor aún, son los gritos de dolor de Cuchumá e Itztakat, cuyo amor prohibido ofendió a los dioses y le condujo a la muerte, o el llanto lastimero de los niños del orfanato, niños violados, humillados: son señores que no quieren a los niños, decía Pável, cuando a sus cinco años trataba de explicar el rumor de vergüenza que circulaba por el pueblo, pero fueron pocos los que realmente se indignaron y denunciaron las infamias de Brígida y su hijo contra los niños del orfanato.

He pasado El Florido, apago el estéreo y me resigno al ruido de los vientos de Santa Ana. Minutos después descubro la mancha blanca, ahora más nítida. Un escalofrío recorre mi cuerpo y el viento me saca ligeramente de la carretera. La figura se encuentra justo frente al rancho La Encantada. Pienso en algún trapo arrastrado por el viento, un anuncio, una vaca adicta al asfalto, o posiblemente alguna persona que pide *raite... raite* y el frío me recorre.

No me dejo impresionar porque crecí entre leyendas. Mi abuela solía contarme historias inverosímiles de muertos y aparecidos. Narradora natural y extraordinaria, contaba cosas de su infancia, de la bisabuela y sus 18 hijos de los cuales 17 eran mujeres, del infausto

final del único varón asesinado por enredarse en amoríos con damas comprometidas. Por las noches la abuela veía a una mujer vestida de blanco de pie junto a la cabecera de mi cama y la ahuyentaba con su conjuro infalible: «Los 13, los 13 rayos del sol te partan, arredro vayas maligno, arredro vayas traidor, no tengas poder en mí, que el día de la Santa Cruz te diré mil veces Jesús, María y José».

Antes de dormir nos contaba historias que nos dejaban azorados. Sobraban los pretextos para que ella iniciara los relatos y nosotros quedáramos silenciosos.

—¡No juegues con los alacranes, son muy peligrosos!

—Pero, está en el frasco.

—No importa, acuérdate de lo que le pasó a Rosita.

Rosita era la única hija de los García, una de las familias acaudaladas de Durango. Él era un gachupín avaro y lujurioso; ella una mujer humilde que se volvió soberbia al influjo del dinero.

Era un domingo festivo y pasaba por Santiago Papasquiaro una cíngara fea y leporina que cambiaba palabras agoreras por monedas o prendas. Le hicieron ir a casa de los García a fin de que vaticinara el futuro de la niña y con terror fueron advertidos por la gitana que Rosita moriría a temprana edad víctima del veneno de un enorme escorpión. Días después, los García emigraron de Durango y sus alacranes hacia un lugar en el norte estadounidense para salvar a Rosita del mortal arácnido.

Años después, ante sus insistentes preguntas, Rosita fue informada del episodio de la húngara leporina. Pasó la tarde informándose acerca de los alacranes y practicando la mejor y más impactante manera de contar la historia a sus amigas.

Al día siguiente Rosita se encontraba rodeada de un amplio auditorio. Exageraba situaciones, añadía anécdotas, inventaba episodios, adjudicándole una mágica personalidad a la gitana. Sus amigas no conocían a los alacranes, pero ella había planeado todos los detalles, así que cuando le interrogaron sobre su figura, Rosita dibujó en el piso un enorme escorpión, logrando el efecto esperado entre sus compañeras:

«¡Qué horribles son!; pero ¿por dónde pican?», preguntó Leslie, su mejor amiga. «Por aquí», dijo Rosita, tocando con el dedo el aguijón del alacrán. Inmediatamente cayó al piso con terribles convulsiones.

Quedábamos con los rostros lívidos ante las historias de la abuela, convencidos de la veracidad de sus relatos, los cuales podían prolongarse durante varias horas, hasta que ella decidía que era hora de dormir. Nosotros permanecíamos atentos, temerosos, con los ojos muy abiertos, seguros de que pronto aparecerían aquellos fantásticos personajes y que los objetos tomarían vida propia o serían movidos por alguna figura fantasmal o un ánima espectral, como en el relato sobre el juego de ajedrez que la abuela nos contaba:

El médico Gabriel Miranda vivía una constante contradicción entre su práctica científica y sus concepciones idealistas. Los nueve años de vida con Lucía no habían mellado la magia de la relación, pues aprendieron a engrandecer los detalles y a descubrirle atractivos a la cotidianidad. Además, tenían un vicio común: el ajedrez, único amigo del solitario matrimonio, el hijo que no llegó.

Cuando Gabriel vencía, dejaba escapar una larga sonrisa y lentamente guardaba las piezas. Por el contrario, si era Lucía quien

mataba, ella lanzaba un grito jubiloso, arrojaba las piezas al piso y ponía el tablero bocabajo. Extraña costumbre que nunca supo explicar.

Gabriel y Lucía vivían prisioneros de su intimidad, de su fusión anacorética. Una tarde de otoño, Lucía enfermó, cayendo en un marasmo que se aferraba en consumirla. Su piel languidecía torpemente suspendida de los huesos. Poco a poco sus ojos perdieron brillo y coherencia su mente. Lucía se marchó lentamente y la enterraron bajo la lluvia menuda y triste de un domingo otoñal.

Dos años después, Gabriel regresó acompañado de su hermano Miguel y de Janet, una enfermera a quien conoció en un congreso de cardiología. En el centro de la sala, su ajedrez de contornos dorados apenas se distinguía bajo una gruesa capa de polvo. Una araña pequeña había hecho su nido en la corona del rey, demostrando que eran ellas quienes gobernaban ese imperio de soledad. Gabriel mató a la intrusa, después limpió pieza por pieza y, recordando a la doncella Susana, llamada diosa Caissa, musa y protectora de los ajedrecistas, movió peón-cuatro-rey, la apertura clásica *Guioco Piano*.

Al siguiente día, al ver el tablero, pensó que Miguel había contraatacado con otro peón-cuatro-rey. «¡Ajá!, se atreve a retarme, ahora verá», y movió caballo-tres-alfil-rey, celebrando la ingeniosa ocurrencia del hermano. Varios días se prolongó aquel juego anónimo.

Ese miércoles, Miguel partía por una semana a la capital. Gabriel le dijo al despedirlo: «Te vas cuando te falta el último movimiento, pero al menos mi rey tendrá tiempo de despedirse de su corte, principalmente de sus cortesanas». Dio la vuelta y se alejó sonriendo.

Después de cenar, Janet y Gabriel charlaron sobre cosas de medicina en ese lenguaje exclusivo de la gente de su medio y se fueron a dormir.

En la madrugada, unos ruidos les despertaron. Gabriel se disponía a entrar en la sala cuando escuchó, un fuerte grito seguido de sonidos continuos de objetos que caían sobre el piso de mármol. Trastornado, entró precipitado a la sala, escrutando cada espacio, hasta que descubrió las piezas de ajedrez regadas por el suelo. Entonces corrió hacia la mesa. Durante mucho tiempo se quedó contemplando el tablero de ajedrez que se encontraba bocabajo en medio de la sala.

Qué tontería recordar leyendas cuando el viento sacude el auto y su aullido penetra la piel, la eriza como con los cuentos de la abuela. Nada de eso es cierto, son fantasías, leyendas, cuentos populares, como aquel de la *vieja del cinco* que andaba por Tecate y Ensenada, toda cubierta con su rebozo negro y tocaba a las puertas para pedir una moneda de cinco centavos. «Vengo por mi nicle», decía y la gente se asustaba. Salían a darle la moneda, pero sin tocarla, de lo contrario, ella se quitaba un pedazo de piel como quien se quita un arete o un guante y la dejaba embarrada en la puerta mientras lanzaba maldiciones que quedaban adheridas como la carne descompuesta de la leprosa.

También cuentan de *La dos metros* o *La enlutada*, que eran una misma o más bien, uno mismo. Según La *semana*, el periódico del pueblo, la aparición era enorme y se deslizaba sobre el piso. Medía dos metros y salía por las noches a espantar y atacar a los *cholos*. La *choliza* no se la acababa con La *enlutada* y comenzaron a salir los testimonios de aquellos a quienes se les había aparecido: «*chale*, qué ruca tan

pirata, casi te *cuiteas* del miedo, te *escamas re gacho*». Se deslizaba sobre el piso y comenzó a infundir temor no sólo a los *cholos*, sino a todos los noctámbulos tecatenses, hasta que se supo —en Tecate no existen secretos— que La *enlutada* era un gringo disfrazado y que todo fue idea del comandante de la policía para combatir al *cholismo*. Así se inventan las historias, con puros cuentos, mentiras de los abuelos, de los curas, de los políticos. Son historias que nadie conoce, pero todos cuentan. Son decires, habladas, pues.

Así fue como inventaron la historia de *La Encantada*, la que se aparece vestida de novia en esta carretera interminable, como si el viento desandara el camino y yo no pudiera trasponer el trecho asfáltico de la leyenda. Nadie conoce su nombre, pero pudo llamarse Cristina.

Cristina y Francisco estaban felices en su fiesta de bodas. Ahí estaban casi todos los del pueblo que entonces era muy pequeño.

Como en todas las bodas, se establecía una clara diferenciación entre invitados y *gorrones*; éstos frecuentemente resultaban mayoría. También bajaban de las rancherías y se armaba el *borlote*.

Los novios salían a mitad de la fiesta y mientras los ricos enfilaban rumbo a Tijuana a pasar la luna de miel, los pobres desbordaban sus deseos en sus casas y algunos, hasta en los parajes de los cerros aledaños. Con los buenos deseos de algunos y la indiferencia de los más, los recién casados subieron al carro y se fueron al *janimún*.

Francisco, sonriente, volteaba de reojo para ver a Cristina con su cara tan blanca y su cuerpo espigado. Subía la mano por la entrepierna de Cristina; ella enrojecía y apenas musitaba: «Espérate Francisco», pero él que se iba a esperar si sentía que el cuerpo se le

quemaba. Cristina fue cediendo, se fue desvaneciendo ante las caricias y el camino se volvió un hoyo negro con puntitos de colores, como un caleidoscopio luminoso en la noche, o como múltiples flores policromáticas sobre las cuales ella corría para alejarse del carro negro donde Francisco había quedado a merced de los atacantes que les sorprendieron cuando se orillaron buscando un anticipo de amor.

Francisco trató de protegerla, pero cayó muerto ante sus ojos, mientras ella corría a la carretera y jirones de su vestido blanco manchado de sangre quedaban entre ramas y piedras. Ella pedía *raite* desesperada y enloquecía antes de alcanzar el asfalto, o era violada antes de enloquecer y salir con el vestido nupcial deshecho a pedir ayuda a la carretera. Cristina gritó desesperada, abrió los ojos con espanto, pero ya nada pudo hacer, el impacto es frontal; el Ford negro se estrella contra un auto que ha aparecido a gran velocidad. Cristina reacciona después del impacto, trata de ayudar a Francisco, pero éste deja caer los brazos hacia atrás; la sangre brotó en proyectil de su pecho y la cabeza se abandonó casi separada del cuerpo. Cristina corrió enloquecida a pedir ayuda o se dejó morir junto a Francisco o murió instantáneamente, o murió atropellada al salir intempestivamente a la carretera.

La leyenda de La encantada contiene múltiples historias, todas ellas posibles y con defensores. Lo fantástico viene después, cuando Cristina comenzó a aparecerse a la medianoche aquí cerca, en el rancho, que de ahí viene el nombrecito. Dicen que justo a las 12 de la noche, los conductores solitarios observan a una mujer vestida de novia sobre la carretera con la mano levantada y el gesto desesperado o sarcástico pidiendo *raite* sepa dios para dónde, que por eso hay ahí

tanto accidente, tanto muerto solitario. Aunque no se detengan ni bajen la velocidad, su respiración agitada y su rostro de loca los hace que volteen y va ahí, en el carro, sentada junto a ellos. Yo por eso no me detengo; acelero y paso de largo con la radio encendida para no escuchar su respiración ni su voz y abro la ventilación para no sentir su mirada. Me siento un Ulises motorizado que amarra la vista a la línea blanca del camino para no escuchar su aullido de sirena loca. Por primera vez me alegro de los vientos de Santa Ana que diluyen su presencia. Apenas si escucho el claxon del camión que me pasa tan cerca. Ya a salvo, busco la mancha blanca por el espejo retrovisor, pero sólo encuentro su rostro espectral, su mirada febril, su aliento que me envuelve desde el asiento trasero.

Los cuerveros

Para Neto Martínez y Sandra Sandoval

El Colegio Salvatierra, un internado con escuela primaria y secundaria, sufría el permanente sitio de los cuerveros. Jóvenes de secundaria y preparatoria que se apostaban sobre la barda para ver a las muchachas, especialmente a las internas que venían de Estados Unidos. Las *mises* se rompían la cabeza pensando la forma de evitar que pudiera ocurrir una desgracia o que la tentación venciera al estoicismo. Más que una guerra de la santidad contra la concupiscencia, aquello era un juego infantil. Los cuerveros se autonombraron custodios permanentes de las instalaciones del colegio y del camión amarillo en que transportaban a las internas. Ellos mantenían el sitio, incluso los domingos, cuando las llevaban a las misas de seis u ocho de la mañana y el camión marchaba seguido por los fieles cuerveros, demostrando que podía más el amor temprano y el deseo que las rigurosas reglas institucionales. A pesar de los cuidados de las *mises*, del colegio surgieron noviazgos desafiantes y se desvanecieron ilusiones contrariadas.

Los miembros de la policía, en complicidad con la Madre Rosa, trataban de sorprender a los cuerveros platicando con las muchachas o espiando desde la barda, pero todos los intentos habían sido inútiles. A pesar de las diversas estrategias adoptadas, cuando las patrullas llegaban al colegio los alertas cuerveros encontraban la manera de eludirlos, escapando en sus carros que salían *chillando* llanta y dejando frustrados a los guardianes del orden y a la Madre Rosa quien perdía una oportunidad más de hacerles pagar los corajes que le ocasionaban.

Los persistentes cuerveros acudían en sus carros limpiecitos, esperaban los descuidos de las monjas o los actos cómplices de las cuervas, a quienes llamaban así por su uniforme y boina azul marino y sus zapatos negros. Muchos corajes hacían cuando a su paso se escuchaban los gritos burlones y agudos de los muchachos que gritaban: «¡Cuerrrrrvas! ¡Cuerrrrrvas!». Ellas se ponían moradas o negras del puro coraje y entonces sí que parecían cuervas a punto de atacar y destrozar a cualquiera que se les pusiera enfrente.

Un día el acoso rebasó los límites previsibles y el periódico *La semana* puso la nota en la primera de sus cuatro planas: «¡Bomba en el Salvatierra!». El acto parecía inaudito, impensable. Los expertos improvisados acudieron presurosos encontrando a cuervas y *misses* que corrían enloquecidas y, tras un detallado examen del material, declararon que aquello no era una bomba, sino un pedazo de palo de escoba envuelto en papel de china dentro de una caja de cartón para zapatos que había sido dejado en las instalaciones del Salvatierra, operación que se complementó con la llamada anónima advirtiendo de la presencia de una poderosa bomba en el colegio. Como en todas las cosas del pueblo, a los cinco minutos sabíamos del *pandemónium* provocado por J. H.

Los actos terroristas simulados no lograron mitigar las ansias amorosas de los cuerveros, quienes continuaron el acecho en ese ritual natural e inevitable de la exploración y la búsqueda, atisbando pertinaces al interior del Salvatierra.

Un día la Madre Rosa, la *mera mera* del plantel, decidió cambiar de estrategia. No más gritos ni amenazas ni conminaciones para los cuerveros. Ese día salió alegre, sonriente, extrañamente

amable, como si no fuera ella, sino *miss* Magui, la más alivianada de las madres, la única que entendía y se solidarizaba con las estudiantes y a quien las cuervas confiaban sus problemas y dudas amorosas. Los cuerveros ya habían tomado posición sobre la barda, pero, en cuanto vieron a la Madre Rosa comenzaron a saltar para escapar del regaño, pero ella les habló amablemente y les pidió que esperaran:

—Muchachos, ¿en lugar de andar espiando a escondidas por la barda, por qué mejor no pasan a platicar con las niñas como Dios manda, sin ocultarse en las sombras del anonimato?

Hablaba como si hiciera alarde memorístico del discurso de nota roja que había leído por la mañana. Su sonrisa y gesto amable dulcificaban sus facciones y a algunos cuerveros hasta les pareció hermosa.

—Les voy a dejar pasar a la recepción para que puedan charlar con las niñas sin propiciar habladurías de la gente, pero deben portarse bien, ¿entendido?

—¡Síííí madre! fue la respuesta colectiva, y a cual más de aprontado, uno tras otro saltaron solícitos de la barda y ligeritos avanzaron hacia la entrada principal.

—¡Hasta que se nos hizo!, dijo Carlos sobándose las manos.

—¡Ya era hora que nos trataran como nos merecemos!, añadió Gustavo, quien ya había sufrido varias regañadas.

—¡No la vayan a *regar* para que nos dejen seguir entrando!, decía el Pedrín, levantando los ojos, como agradeciendo el regalo que les caía del cielo.

—*¡Útale*, que buena *onda*!, gritaba Jaime al tiempo que daba pequeños y extraños saltitos abrazando a sus compañeros.

En segundos, los ansiosos cuerveros ya estaban pegaditos en la entrada principal y ahí esperaron unos minutos hasta que la Madre Rosa abrió la puerta que ellos imaginaban nunca podrían traspasar. El acoso al colegio llegaba a su final y los vencedores eran ellos, los sitiadores, los guardianes, los estoicos y fieles cuerveros.

Risas y palmaditas en el hombro denotaban las señas felices del triunfo, algunos trataban de disimular la euforia mientras que los visionarios querían aprovechar la situación para convencer que eran merecedores de tan noble gesto de confianza, por lo que no cesaban de manifestar que sabrían portarse a la altura de tan grata deferencia. Otros fanfarroneaban y hacían señales de triunfo, saboreando, sin falso disimulo las mieles de su contundente e inesperada victoria.

La tardanza de las muchachas incrementaba su ansiedad, pero la Madre Rosa hacía gala de simpatía y facilidad oratoria.

Finalmente apareció miss Martha, quien dijo con acentuado tono de complicidad y hasta con cierta coquetería:

—Ya están aquí, madre.

Los cuerveros afinaron las voces y rápidamente dieron una última aliñada a sus ropas y cabellos. Algunos se empujaban incapaces de controlar la emoción del amor y la gloria.

Finalmente, las puertas se abrieron de par en par y ellos voltearon ofreciendo la mejor de sus sonrisas para recibir a sus adoradas cuervitas, pero no fueron ellas quienes aparecieron tras la puerta, sino un grupo de policías que, por fin, los detuvieron a todos, sin que los sorprendidos cuerveros tuvieran la menor oportunidad de escapar.

Dentro de las patrullas los cuerveros oían la risa burlona de la Madre Rosa despidiéndolos desde la puerta principal y, por las

ventanas del colegio, veían las caras angustiadas de las chicas, quienes, a pesar de todo, sabían que muy pronto ellos estarían de nuevo sobre las bardas, bien puestos, que regresarían por sus fueros, alegres, heroicos y enamorados para reiniciar el sitio.

Horas después, las bardas del colegio comenzaron a poblarse de sigilosos cuerveros que regresaban a sus puestos con el mismo entusiasmo de siempre, pero con menos confianza en la simbiótica bondad de las *mises*, esas ingenuas y tramposas vicarias del señor.

Retazos de infancia

El ritual de anamnesis atropella los recuerdos. En Tecate se realizaban caminatas por el parque, sobre todo los fines de semana veraniegos con sus bailes populares al aire libre amenizados por los Perreta, los Mújica, la orquesta de La Cervecería dirigida por Otáñez o el grupo de Félix Mejorado. La música inundaba el pueblo y la gente bailaba en torno al quiosco del parque central. Cuando las parejas recién comenzaban con el intercambio de frases, aparecía una muchacha con las contraseñas que, colocadas sobre la camisa, o en la solapa del saco, autorizaban desplegar el cuerpo por la pista siguiendo el ritmo de la música. Las mujeres bailaban gratis y los hombres pagaban, aunque no todos lo hacían, pues los *vaquetones* y quienes no traían dinero se volvían expertos en conducir disimuladamente a su compañera de baile fuera del campo visual de la cobradora. Algunos tenían tanta pericia que ni la pareja se percataba de su participación en un duelo rítmico de fuga y escapismo.

El carro había consolidado su dominio en el escenario urbano. Esto se manifestaba en las hileras frenéticas de autos por la avenida Juárez —la calle principal—, donde los jóvenes circulaban extasiados prodigando sonrisas y saludos. Los primeros autobuses urbanos se saturaban con la gente que salía a dar la vuelta por el pueblo, cubriendo varias veces la ruta completa. Escena de otros tiempos, los niños pedían a los conductores de los camiones que esperaran a sus hermanas o a otro miembro de la familia. El chofer paraba *la burra*, hasta que aparecía la muchacha arreglándose el cabello, subía al camión y, entonces, el conductor reiniciaba la marcha.

El hospital del Seguro Social —el único del pueblo— era pequeño y austero, por eso muchos nacían en casas particulares, atendidos por De León, Lozano, Guerra, Vicario o De Anda, los médicos del pueblo, o por parteras, las afiliadas al Seguro Social se trasladaban a Tijuana y, quienes tenían recursos, tenían a sus hijos en el hospital Mercy de San Diego y los registraban en ambos países.

Mis primeros años se desvanecieron con el tiempo; de ellos guardo sólo vagos recuerdos de juegos infantiles en terrenos baldíos de ambos lados de la frontera, algunas anécdotas de mi padre regresando de La Cervecería con su *lonchera* negra donde dejaba algún dulce o pan para el primero de los 13 hermanos que lo recibiera. A mi padre no puedo disociarlo de la fábrica donde se produce la cerveza Tecate, Bohemia, Carta Blanca y Nochebuena, con los turnos cambiantes de mañana, tarde y noche. También recuerdo la figura tambaleante y bonachona del avientadinero, un vecino que semanalmente, después de cobrar la *raya*, regresaba borracho y lanzaba *bolo* para los niños del barrio.

Después nos cambiamos al fraccionamiento Valencia, nombre oficial del lugar donde se construyó nuestra primera casa, aunque para los tecatenses seguía siendo la colonia Militar. Varios cerros rodeaban el barrio y a ellos íbamos en busca de tesoros de antiguos jefes indios, de vaqueros destacados o del mismo Joaquín Murrieta y su gavilla que tuvieron correrías en tierras tecatenses, dejando sus firmas en varios encinos del pueblo. J.M: la marca de Joaquín Murrieta en los árboles fue el refrendo incuestionable, aunque, después vimos con desencanto la sospechosa proliferación de árboles jóvenes con la rúbrica de Murrieta.

Mi madre vivía un tiempo cronometrado, sin descanso, de casa al trabajo y el regreso, siempre activa, pegada a su máquina de coser Singer, entre cintas, tijeras, alfileteros y retazos de telas multicolores. Ella manufacturaba ropa ajena además de la que nosotros vestíamos y hacía los vestidos de novia de mis hermanas. Junto a mi madre proliferaban pedazos de tela, retazos de los que salían vestidos y camisas en múltiples combinaciones y colores. Se rodeaba de fragmentos de lienzo que, poco a poco, tomaban la forma prefigurada en el catálogo, el dibujo, el patrón o el trazo a gis. También trabajaba en fábricas de ropa en San Ysidro, a donde partía a las tres o cuatro de la madrugada, dejando la casa lista para que nada nos faltara, ni el orgullo. Ella era la jefa de un matriarcado que apabullaba por su peso numérico: mi abuela, mi madre y nueve hermanas que nos mayoriteaban a los cuatro hombres, aunque en realidad fuimos cinco, pero Juan Manuel, el mayor, murió *carbonizado* por la fiebre cuando apenas tenía un año de vida. Nosotros sólo lo conocimos por su fotografía colgada en una pared de la sala, sentado junto a Pancho.

En Tecate, los cerros nos pertenecían y en ellos volaban nuestras fantasías circunscritas a ciclos lúdicos y climáticos. Con las estaciones cambiábamos o alternábamos los deportes principales: fut, *voli*, *basquet* y *beis*, a resorteras, trompos, papalotes, yoyos, baleros, *chan-gai*, rines de bicicleta conducidos con un pedazo de varilla, avalanchas y las infaltables canicas acompañadas de su propia terminología: copis, buche, quedos, bien tronis, bien derechos a mi tiro, pícale, hoyitos, alcis, persis, chiras pelas, catotas, tiritos, agüitas, tréboles, ágatas, balines, pompones, de uñita, de a mentis y de a devis.

Frecuentemente las aficiones deportivas y las escenificaciones heroicas pasaban a formar parte de un mercado delirante de cartitas y estampas que pasaban una tras otra a gran velocidad, seguidas de la mirada atenta del grupo, en las que cada quien esperaba encontrar las faltantes para completar su álbum. En los juegos cobraban vida pactos juramentados en los que íbamos formándonos, construyéndonos, aprendiendo a definir los rasgos de nuestros propios personajes.

Las rutinas barriales aportaban poco a la industria del juego, pues nosotros fabricábamos la mayoría de los juguetes. Con los primeros vientos de otoño salíamos al cerro a cortar carrizos, robábamos harina de las cocinas para el engrudo, conseguíamos la piola y con papel periódico hacíamos los papalotes que volábamos en los vastos campos a nuestra disposición. Luego competíamos haciendo piruetas elementales y enviando telegramas: pequeños pedazos de papel que, guiados por la piola, se elevaban con la fuerza del aire hasta el papalote. También fabricábamos baleros uniendo dos bases de madera para papel estraza, cubriendo uno de los lados con una corcholata. Hacíamos avalanchas con una caja de madera de las que desocupaban las tiendas de abarrotes y nos desplazábamos velozmente por empinadas pendientes. También nos lanzábamos en llantas de automóvil, haciendo alarde de contorsionismo suicida, pues nos colocábamos en el hueco de la llanta como rines humanos y bajábamos rodando, seguidos por algún cómplice vigilante quien frecuentemente se descuidaba o era superado por la velocidad de la llanta, produciéndose el impacto seco, inevitable, seguido de la lastimosa aparición de brazos y piernas de quien, golpeado y mareado, salía de la llanta, *mentándole la progenitora* al descuidado amigo.

Siempre había un juego que aprender y casi todos los juguetes se podían fabricar, aunque, en el peor de los casos, estaban los huizapoles para fastidiar al vecino, ya que al lanzarlos a la cabeza se enredaban en el cabello de manera imbricada y retirarlos resultaba difícil y doloroso.

Nuestros personajes reflejaban los siempre peleados espacios grupales. Si jugábamos a los héroes fantásticos, las disputas eran por la representación de Supermán, Batman, Linterna Verde o Flash. En las luchas, los preferidos eran el Santo, Blue Demon, Huracán Ramírez y Mil Máscaras. También actuábamos las situaciones de nuestros vaqueros preferidos montando *cuacos* imaginarios, empuñando las pistolas como vaqueros a punto de duelo, reconstruyendo estampas manidas del viejo oeste y, de manera inconsciente, reproduciendo sus prejuicios racistas y anti indígenas aprendidos desde su delirante e infame reproducción en los cuentos, en el cine y en la televisión.

Los mayores tenían el liderazgo de la *clica*. Jorge, mi hermano, era el ideólogo de nuestras aventuras, y Carlos, el menor, siempre nobleza y coraje, jamás se quedaba atrás a pesar de las diferencias de edades. No nos considerábamos invencibles, pero juntos descubrimos aspectos esenciales de la vida.

Muchas tardes eran compartidas por las niñas y niños del barrio en la complicidad lúdica del aprendizaje y el juego. Inevitables fueron los quemados, escondidas, patada del bote, chicote, el chinchilegüa, rondas y encantados. Tardes de alegría y sadismo infantil que se exhibía en el momento de fusilar a los perdedores de algún juego de canicas o de hoyitos en los que los alevosos mojaban las pelotas de tenis, aumentando el peso y el dolor que producía cuando se lanzaba con todas las fuerzas a la espalda o la cabeza del fusilado. También se

reconocía a los ventajosos, quienes, al momento de los quecos, sacaban el enorme trompo amarillo de la refresquera Lux con la punta afilada, pidiendo piola y piedrita para destrozar el trompo del perdedor, quien frecuentemente se retiraba llorando. A las nueve y media de la noche sonaba el silbato de La Cervecería, entonces debíamos regresar a nuestras casas.

Como la mayor parte de nuestros juguetes, también armábamos las *bicis*, *ticlas*, *bírolas o baicas*, utilizando algún cuadro desechado. Conseguíamos las partes una por una hasta que las bicicletas quedaban listas. Después las pintábamos con botes de aerosol. No se parecían a las increíbles bicicletas de Pepe Orendáin, Nando Almonte o Jorge Hernández, quienes las alteraban con enormes horquillas, rines cromados y pequeñas llantas delanteras, pero también salíamos orgullosos a pedalear y recorrer los callejones del pueblo.

En el mundo bicicletero se reconocía a los más veloces, pero también se admiraba a los mejores para hacer *güilis*, acrobacia que consiste en levantar la llanta delantera de la bicicleta, como jinete que provoca el relincho del caballo, y avanzar apoyado en la llanta trasera, suerte en la cual ganaba quien recorriera la mayor distancia.

También salíamos a robar fruta. Codiciados eran los membrillos de casa de los Santana. También caíamos sobre las uvas, en los viñedos de los Flores, a donde acudíamos temerosos, alertas, pues se decía que tenían guardias armados y que baleaban a quienes sorprendían robando. Cada quien cortaba su racimo, luego nos alejábamos presurosos a celebrar la hazaña y disfrutar las ricas uvas del valle tecatense.

El lote donde construimos nuestra casa estaba alejado del centro, por lo que había que recorrer cerca de un kilómetro de

espacio baldío; lo usual era caminar o amontonarnos en el Buick de la Mercy. Las epifanías y apariciones contadas por la abuela y sus relatos extraordinarios fueron poblando nuestro mundo infantil de imágenes mágicas. Creíamos que en el lote había un tesoro pues, a la distancia, vislumbrábamos luces que desaparecían cuando llegábamos sin que hubiera cenizas o algún signo que indicara su procedencia. Del pueblo a la casa, el camino se cubría de fantásticas posibilidades. La falta de alumbrado eléctrico hacía el recorrido más intenso, sobre todo en tiempos de fuertes ventarrones. Aullido eólico que adquiría formas amenazantes y grotescas, así como imágenes horrendas o siniestras que ponían a prueba nuestro temple e imaginación. Ahí aprendí que, a pesar del miedo, tenía que acercarme a esas formas amenazantes, salir a su encuentro con los nervios de punta y la piel erizada hasta cerciorarme que sólo eran trapos, plásticos o chamizos movidos por el viento. En ocasiones, los ojos que me observaban desde el fondo de la noche permanecían fijos, desafiantes. Después, los movimientos pausados y los pasos toscos no dejaban lugar a dudas. Sólo con la proximidad, podía descubrir las vacas o caballos mirando atentos, recelosos, dispuestos a todo para defender su nocturna libertad.

En las noches, después del pitido de La Cervecería, nos concentrábamos en la casa. Era el momento de las tareas escolares, mientras Nora, Lily, Maythe y Diana, jugaban o veían la televisión, Pina ponía su colección de discos de Manolo Muñoz o en compañía de Rosy y Norma bailaban el *rock* que había surgido con fuerza impresionante y que algunos vaticinaban tendría efímera celebridad. Los fines de semana se vivía una verdadera alternancia de gustos y poderes expresada en el control musical. Mis padres establecían la

nota tempranera con la tambora sinaloense, Luis Pérez Meza o las inigualables de Pedro Infante. Mercy ponía el ambiente romántico con Daniel Santos, Javier Solís, Marco Antonio Muñiz, el Dueto Miseria, y los infaltables tríos comandados por Los Panchos, Los Tres Ases, Los Diamantes, Los Dandys o Los Tres Caballeros, aunque también acudía al ritmo alegre de la Sonora Santanera. Los gustos eran compartidos, pero también diferenciados, Yoly escuchaba a Lucha Villa, y a Lola Beltrán, Pina; Rosy y Norma oscilaban entre el *rock* en español y las baladas románticas, prevaleciendo Manolo Muñoz, Alberto Vázquez, Enrique Guzmán, Angélica María, los Hermanos Carrión y Leonardo Favio; mientras que Jorge aprovechaba cualquier descuido para sintonizar el rock de la KCBQ o el programa del *Wolf Man Jack* y los locales Solitarios y Moon Lights, aunque luego daba el bandazo bucólico con Lorenzo de Monteclaro y los grupos norteños.

Una noche, Yoly llegó pálida, visiblemente asustada, y contó la aventura que había vivido en Dulzura, camino a Chula Vista, en California. Viajaba en compañía de Lily, Lupita, Sylma y Ricky, y poco después de cruzar la línea internacional encontró a un grupo de *ku kux klanes* armados con rifles, con sus trajes blancos y sus sombreros de pico, quienes tenían las motocicletas atravesadas en la carretera bloqueando el paso. Los *klanes* intentaron pararla, pero ella no se detuvo. Después de abrirse paso entre las motos con el carro, vivió una dramática persecución de los *klanes*, quienes la siguieron hasta Chula Vista. Yoly contaba la historia haciéndonos sentir la angustia de la huida. Nos transmitía el vértigo de la velocidad, escuchábamos el *chillido* de las llantas sobre las curvas cerradas del camino e

imaginábamos la persecución como si fuera una de las que tantas veces habíamos visto en los programas de la televisión.

Pancho, el mayor de mis hermanos, vivió la época del *rock and roll* y gustaba arreglarse el copete a la *onda* rebelde y, como varios jóvenes tecatenses que deseaban estudiar una carrera universitaria, emigró a la capital. Eran situaciones reconocibles cuando la gente se concentraba en el parque para despedir a los estudiantes. Los autobuses no llegaban a la central, sino que levantaban a la gente nada más de pasadita. Primero arribaban los familiares y amigos cercanos del estudiante que partiría a la Ciudad de México o a Guadalajara, después iban apareciendo los conocidos y aquello se convertía en una concentración masiva con canciones, regalos, chocolates, chicles de la flecha, *lonches* para el camino, carne machaca, tortillas de harina (para no extrañar), el llanto de madres y novias y consejos de las mayores advirtiendo sobre las lagartonas que luego los engatusan y ya no estudian.

Frecuentemente llegaban los *mariachis* y cuando tocaban Las *golondrinas*, aquello devenía un intenso escenario de llanto y *carrilla*. Pancho subió junto con otros amigos de su generación al Tres Estrellas que lo conduciría a la Ciudad de México, se despidió por la ventana del ciempiés y se quedó muchos años en la capital.

Mercy se encargaba de corregir nuestra forma de hablar. De ella recuerdo historias formativas, como aquella que aprendí cuando recién comenzaba a leer y, al notar mi atropellamiento, me contó que en tiempos remotos existió un libro maldito y que quien intentaba leerlo en voz alta inefablemente moría asfixiado. Diversos personajes trataron de romper el encanto. De pueblos lejanos acudieron hombres

de fuerza inaudita para tratar de vencer su conjuro fatal, pero todos murieron asfixiados a sus pies (de página). Después de muchos intentos fallidos y sus consecuentes desenlaces fatales, una mujer sabia llegó al reino para intentar la proeza de leer el texto y romper la maldición. Ante la muchedumbre reunida, inició la lectura de la obra maldita, pero segundos después, cerró los ojos y guardó silencio sin ocultar las huellas de terror en su rostro. La gente pensó que había muerto, pero ella abrió sus ojos desafiantes y pidió que la dejaran sola. Después se aisló con el libro en una gruta, sin agua ni alimento. Pasó varios días encerrada con aquel texto que dejaba sin respiración a las personas. Muchos creyeron que había muerto dentro de la cueva y ya se habían organizado para entrar a buscarla cuando ella salió de su encierro y se presentó ante la multitud curiosa que aguardaba el desenlace. El libro se encontraba plagado de marcas diminutas de forma redonda, líneas curvas y diagonales que la mujer había añadido al texto, como si se tratara de signos de un conjuro cifrado diseminado por las páginas del libro. Frente a la muchedumbre incrédula y expectante, la mujer empezó con la lectura haciendo pausas oportunas que en ocasiones se alargaban. Algunos exclamaban o gritaban angustiados pensando que se desplomaría sin aliento, pero ella reiniciaba una y otra vez hasta que llegó al final.

Al terminar el relato exigimos a Mercy que nos explicara las causas que permitieron la supervivencia de la heroína. Ella simplemente señaló: «Ésa fue la persona que inventó el punto y la coma, desde entonces se utilizan esos pequeños signos, como recursos ortográficos, pero corresponden a un antiguo lenguaje mágico del cual no podemos prescindir pues, aunque no lo recordemos, si lo hacemos, la maldición regresará y moriremos asfixiados al leer un libro».

Los atardeceres tecatenses se orientan al Cuchumá. Montaña mágica que captura la mirada y acompaña el final del recorrido del sol, como dos viejos amigos que diariamente retoman un diálogo ancestral. Custodio del valle tecatense, el cerro del Cuchumá es constancia de místicas antiguas, de tiempos inmemoriales, por eso los tecatenses acostumbramos escalar sus pendientes protegidas por rocas y arbustos. Ritual atávico secularizado. Eran caminatas extenuantes para subir la montaña, siempre vigilantes de las temibles y abundantes víboras de cascabel. La meta era llegar a la cima, arribar a la cúspide, tocar la frente de Dios. El recorrido podía durar una hora o tres, dependiendo del embeleso y la condición física. La cima del cerro es un área plana de aproximadamente 1000 metros cuadrados, pero la inmensidad del paisaje y los efluvios de la montaña lograban la atmósfera especial de un presente trazado por saberes ancestrales.

Llegábamos con nuestro *lonche*: una torta o *sandwich*, una *soda* o alguna fruta. Aprovechábamos para bromear y dar *carrilla* a los últimos que llegaban y después, inevitablemente, se admiraba la majestuosidad del valle. Podíamos ver nuestras casas, La Cervecería erguida desde 1943 con su característico letrero luminoso, o el paso del tren San Diego-Arizona, que desde principios del siglo XX cruzaba por estos territorios del noroeste mexicano.

Construido en el marco de la Primera Guerra Mundial, el ferrocarril representaba la certeza de múltiples mundos lejanos que algún día conoceríamos. Nos gustaba husmear en la estación, con sus teléfonos, su telégrafo y su mobiliario que evocaba tiempos antiguos, tiempos idos como el transitar del tren que poco antes considerábamos

eterno. Desde la cima del cerro se dominan Tecate y San Diego. Desde el Cuchumá, Tecate colinda con el infinito.

La energía del cerro resultaba fascinante, insoslayable hasta para niños que nada conocíamos de su historia y sus secretos, aunque sabíamos que era sitio sagrado de los indios k'miai, que guardaba cuevas y oquedades donde permanecían ocultos maravillosos tesoros y misterios. Algunos habían encontrado flechas y objetos que lo atestiguaban. Era un mundo de evocaciones fantásticas en el cual aún vivían buscadores de tesoros, como don Antonio Liera, un hombre alto y fuerte que despertaba nuestra curiosidad por dedicar parte de su tiempo a la búsqueda de tesoros.

Caía la tarde y el sol se despedía del guerrero cuando vi la figura fascinante de una diosa k'miai. Me impactó su cuerpo perfecto y la dulzura de su rostro, como una hurí que se ofrecía a mis ojos de niño haciéndome vivir emociones inéditas, desconocidas. Desde entonces su imagen apareció recurrente cuando escalaba el cerro. Era la magia de la montaña expresada en su cuerpo majestuoso y volátil, como las aves que siempre le acompañaban.

Una tarde otoñal vislumbré a unos hombres instalando una enorme antena repetidora de televisión en la cúspide del cerro. El Cuchumá parecía diferente y el extrañamiento crecía por la ausencia de mi diosa revelada. Esperé la tarde entera, pero ella no se presentó.
Pasaron muchos años hasta que pude saber un poco más de la montaña. Su nombre ancestral era Kuuchamaa, la frente que contiene el cerebro y ámbito de la inteligencia, el lugar del poder y el conocimiento, además de ser la montaña sagrada de los k'miai. Cuchumá es el celoso guardián de sus secretos religiosos y sitio ceremonial de iniciación

de sus chamanes; sin embargo, el enigma y el secreto acompañaron a la montaña. Los k'miai ocultaron la magia que contiene, pues las indiscreciones sobre ella o su espíritu y el despojo de sus piedras o plantas podría producir la muerte.

Maayhaay, el divino espíritu creador, hizo a la montaña y le llamó Kuuchamaa. Kuuchamaa es campo de probidad y lugar para la adquisición del poder bondadoso, la salud y la paz. Cuchumá es el lugar central, el más sagrado y poderoso, el sitio principal y casa del espíritu de Kuuchamaa que devino hombre, se hizo chamán y vive en la montaña.

Maestro de maestros fue el chamán Kuuchamaa, líder de la región donde propaló mensajes de paz y colaboración y enseñó rituales, cantos y danzas para propiciar la convivencia pacífica y la ayuda mutua. También enseñó a los chamanes, gente poderosa que conocía características y propiedades de la flora y la fauna y tenían capacidades sobrehumanas para controlar el viento y la lluvia.

Los chamanes eran sabios, sabían de asuntos astrológicos y del movimiento solar. Kuuchamaa enfrentó el celo, la envidia, la agresión de algunos chamanes, quienes lo desafiaron tratando de destruirlo, pero fueron vencidos.

A la muerte de Kuuchamaa, Dios le asignó al águila, al halcón de cola roja, al cuervo y al búho para que le informaran sobre eventos y sucesos que ocurren en la tierra. Desde entonces, Tecate es vigilado por la mirada aguda y profunda de las aves que conocen cuanto ocurre en el valle y en la montaña.

Dicen los viejos que en la montaña se adquiere poder bueno para ayudar a la gente y que la montaña produce revelaciones —

mediante quimeras— sobre canciones espirituales, rituales curativos y conocimiento de hierbas medicinales. Que todo el saber proviene de canciones, danzas, ayunos y ensueños propiciados por Kuuchamaa, pero también afirman que quien utilice ese poder en beneficio propio o con fines maléficos sufrirá terribles consecuencias.

En Tecate pueblo-familia se vivían confianzas derivadas de relaciones cara a cara. Certezas que devienen seguridad y marcan rutinas de vida. Ahí las redes sociales se tejían en ámbitos íntimos, cercanos, familiares, pero al llegar la adolescencia el pueblo-familia se convertía en sociedad de vigilancia. Todos conocían las historias de los habitantes, sus éxitos, fracasos y debilidades. La iglesia y el cine conformaban los escasos espacios de encuentro. En la iglesia, los jóvenes feligreses de los padres Tomás y Manuel, aprovechando su condición de vanguardias, entre rezos y cantos del himno que aludía al volcán de amor de sus corazones, buscaban las complicidades femeninas ante las primeras distracciones reales o fingidas de los padres o hermanos mayores, evadiendo las miradas inquisidoras de las Damas Católicas. Ahí iniciaban muchos noviazgos. Nadie fingía que la virgen le hablaba, ni ponía cara de iluminación súbita, aquello era un movedero de cabezas, ojos exploradores o cómplices, críticas al atuendo de las vecinas, alusiones mordaces sobre quién se dormía en la misa, saludos y señas subrepticias. En ocasiones se escuchaba la exclamación descontrolada de algún exaltado que gritaba: «¡Ya se hizo!», al tiempo que codeaba a su acompañante. La organización de los tiempos tecatenses era disputada por el mundo sacro de la iglesia conminando a misa con su *¡clang, clang!* especialmente exitoso durante las romerías, y el tiempo secular organizado desde el pitido de La Cervecería.

Había días en que el revuelo de los niños resultaba frenético. Signo inequívoco de la llegada de algún circo. Aprovechando nuestra vecindad con el sitio donde se colocaban, éramos los primeros en llegar a ofrecer nuestros servicios para la instalación de carpas o para alimentar a los animales. Casi siempre nos contrataban, lo que resultaba extraordinario, pues veíamos de cerca a los enanos, al hombre más fuerte del mundo, a la mujer *barbada* y a los animales. A trapecistas, magos y payasos era difícil reconocerlos antes de las funciones.

El pago por nuestros servicios eran pases de cortesía para una de las funciones. El gozo era doble pues al mismo tiempo que disfrutábamos del espectáculo, nos divertía identificar a los artistas que habían sido nuestros compañeros en el oficio de montar las carpas. Por supuesto que esto sólo funcionaba con circos pequeños, porque en los grandes los artistas no levantaban las carpas, ni contrataban nuestros servicios, así que nos veíamos obligados a pasar subrepticiamente entre las lonas.

Comenzaban a llegar las televisiones. Las vecinas se reunían para ver los programas en blanco y negro que se transmitían por la tarde. Algunos se adelantaban a la aparición de la televisión de colores cubriendo con papel celofán la pantalla del aparato. Cuando el papel se gastaba, lo cambiaban por un tono diferente, presumiendo que su televisión era de colores, de esas que recién habían salido. Esto les daba mayor estatus y se sentían superiores, sobre todo a quienes no tenían televisión, pero simulaban tenerla poniendo sobre la casa alguna antena vieja o una copa de carro.

Por la televisión aprendimos que en caso de temblor debíamos colocarnos debajo del marco de la puerta, lo que parecía

extraño, especialmente en un pueblo chaparrito, hecho de casas de un solo piso donde lo que sobraba eran cerros y terrenos baldíos. Sería fatalismo, premonición o *salazón* de la televisión, pero a los días hubo un sismo que estremeció a la península. Antes de que sintiéramos el movimiento telúrico, se escuchó un ruido sordo proveniente del centro del mundo, como el rugido doloroso y lastimero de un enorme animal que luchara por salir de la tierra dura. La casa comenzó a sacudirse como un juguete pequeño en manos de Gea. Mi madre, recordando las indicaciones recién aprendidas, gritó que nos colocáramos bajo el marco de la puerta. Presurosamente nos reunimos con ella, pero al instante comprendimos que 16 personas no podríamos cubrirnos bajo un mismo marco, así que salimos al patio desconfiando de las verdades de la tele.

Quien no desconfiaba de la televisión era Doña Jovita, una señora entrañable y conmovedora que se ponía sus mejores ropas y conminaba a las hijas a que se arreglaran, especialmente en las tardes, cuando iniciaba la transmisión y llegaban todas esas personas tan importantes que aparecían en la televisión. Doña Jovita esperaba el inicio de la transmisión con la casa limpia y respondía con amabilidad cuando la voz engolada del locutor agradecía a los televidentes por permitirles entrar en sus hogares. «No hay nada que agradecer, son ustedes bienvenidos en esta su modesta casa», decía. En ese tiempo el aparato impactaba poco en nuestras rutinas de vida. Más que la televisión, la dimensión cotidiana comenzaba a acercarnos con los grandes acontecimientos del mundo, como el día en que Güicho, el único hijo de Jovita, murió en Vietnam. Hasta nuestro barrio. Llegaron con la caja mortuoria cubierta con la bandera de México y

la de Estados Unidos. El féretro era custodiado por inconmovibles hombres uniformados del ejército estadounidense y por el dolor cercano de la gente del pueblo. A pesar de los gritos y súplicas de Jovita no le permitieron ver el cuerpo de su hijo, pues el Güicho murió cuando una granada incendió el cuarto de combustible donde él se encontraba. Corrió como tea humana, pero impregnado por el combustible, se calcinó rápido. Por eso no dejaron que Jovita viera su cuerpo. Ella no se resignó a la muerte de su hijo y le siguió mandando cartas a Vietnam.

Sitio de encuentro y diversión, el cine nos comunicaba con fascinantes mundos imaginarios. En Tecate los géneros cinematográficos no se organizaban desde complejas taxonomías o densas teorías, sino mediante clasificaciones sencillas emanadas del sentido común: películas de vaqueros, de risa, de *monitos*, de miedo, de luchas, de karate y de ficheras.

El señor Camacho manejaba el proyector de películas en el cine Tecate, donde, por años, Concha Palomares se encargó de la venta de boletos. Al encenderse las luces, el cine se convertía en zona de reconocimiento: todos volteaban a identificar y saludar a la concurrencia, excepto cuando los menores de edad entraban a películas de adultos y se agachaban en las butacas intentando pasar inadvertidos. Esto era diferente a las funciones de cine que proyectaba el carrito de *sodas* donde se rifaban vasos, charolas y máquinas de escribir portátiles, nombre eufemístico con el que denominaban a los bolígrafos corrientes.

El carro de sodas llegaba al barrio seguido de los niños de la colonia y desplegaba una pantalla blanca sobre la que proyectaban

películas de aventuras y dibujos animados ante los ojos divertidos de niños y viejos, quienes sacaban las sillas para disfrutar del cinito. Tampoco se parecía a las funciones pioneras que La Cervecería exhibía en un galerón para fiestas: una fascinante secuencia de películas mudas de El fantasma o de vaqueros mexicanos como Los cinco halcones o las de Tere y Lorena Velázquez, quienes, sin perder su fascinante sensualidad, luchaban contra villanos terribles. En cuanto encendían las luces iniciaba el corredero de niños, quienes se apoderaban de los escenarios y reproducían los lances de los luchadores, teatralizaban las escenas de mayor intensidad o escenificaban los duelos y batallas recién proyectados en la pantalla.

Una tarde, el carro del *cinito* llegó haciendo mucho escándalo, anunciando la proyección de dos películas extraordinarias con el gran Pedro Infante acompañado de Blanca Estela Pavón: *Nosotros los pobres y Ustedes los ricos* de Ismael Rodríguez. Esa tarde llegó gente de las colonias aledañas, y al rato había un gentío. Todos llegaban con sus sillas y hasta para acomodarse, aquello se convirtió en un problema, porque unos se tapaban a otros y los que llegaban tarde intentaban colarse hasta adelante, atropellando a quienes ya estaban instalados. A los señores se les olvidaba quitarse el sombrero, pero se los recordaba la rechifla y el griterío. Los chamacos corríamos por donde se podía, pero luego la presión popular se fue haciendo tan fuerte, que mejor nos quedamos quietecitos.

El primer alboroto se armó cuando Ismael Rodríguez empezó a hablar de los pobres como habitantes de arrabal, y a decir que la pobreza es el más grande heroísmo. «Somos pobres pero no arrabaleros», se le ocurrió decir a una señora de cabello decolorado

con agua oxigenada. Ahí comenzó la discusión sobre la honradez de los pobres, intercambio vociferante atenuado por los gritos de parte de la concurrencia exigiendo que se callaran. Afortunadamente apareció Don Juan Tenorio de vecindad, el carpintero enamorado, el raspatablas, el mero Pedro Infante, cantando con su risa eterna: *¡Ay, qué re chula es la mujer cuando nos quiere de verdad!*

Las mujeres dejaron caer un alud de comentarios sobre lo guapo que era Pedro, sobre todo cuando la abarrotera le dijo a quemarropa: «Ya sabe usted que aquí vive y no paga renta».

—No, pues también en mi casa.

—¡Cállese vieja ofrecida!

—¡Viejo envidioso!

—¡Nomás porque no me ha oído cantar!

—¡Brincos diera, porque *deplanamente* está jodido, está muy bien equivocado y también está verborréico, bueno, medicamente hablando!

La cosa iba *in crescendo* y más personas tomaban partido contra el pobre tipo que se atrevió a cuestionar al ídolo del pueblo, pues hombres y mujeres cerraron filas apoyando a Pedro. Hubieran linchado al impío, pero la música de Manuel Esperón vino al quite y cuando Pedro comenzó a interpretar *Amorcito corazón*, todas y todos lo acompañaron hasta con el *chiflidito*.

Amorcito corazón/ yo tengo tentación,
de un beso.
Que se prenda en el calor/ de nuestro gran amor,
mi amor.

Yo quiero ser/ un solo ser,
y estar contigo.
Te quiero ver/ en el querer,
para soñar...

El público asentía o desaprobaba las afirmaciones de la película, incluso cuando se decía que «no hay amor tan amoroso como el amor de los enamorados». Era la mediación ideal de un diálogo en el que todos participaban. Cuando uno era vapuleado acudía presuroso al argumento de rendición incondicional: «ni hablar mujer, traes pistola». Al rato la discusión tuvo un giro desconcertante y la gente trataba de esclarecer si Pedro mató a la mamá de Chachita, y si era tan terrible como lo dibujaban la Guayaba y la Tostada.

Cuando Blanca Estela Pavón confrontó a Chachita diciendo: «Yo quiero al Toro, y cuando una mujer como yo quiere a un *macho* no hay mujer que me lo quite», se hizo un fuerte silencio, pues entre los asistentes había varias historias de infidelidades y disputas amorosas, así que el diálogo abierto fue sustituido por una juego cruzado de miradas fulminantes. La cosa empeoró cuando Katy Jurado sentenció contundente: «Las mujeres traicionan alguna vez con el pensamiento, pero ellos, sin pensarlo, nos traicionan muchas veces». Entonces se dividieron los bandos entre hombres y mujeres, pero ellas iban a la ofensiva y ellos tenían más cola que les pisaran, así que mejor se quedaron calladitos, salvo un imprudente que levantó la mano:

—¡Pido la palabra vecinos!

«¡Mejor cállese y no le mueva vecino!», se escuchó el coro colectivo de hombres y mujeres, seguido de un silencio prolongado,

pues la tragedia subía de tono. Pedro estaba encarcelado injustamente y para acabarla de amolar casi simultáneamente murieron su madre y su hermana. Chachita descubrió a su progenitora y apenas tuvo tiempo de decirle: «Mamá», cuando su madre falleció y, a pesar del dolor, Chachita agradeció haber encontrado una tumba para llorar. Cuando la cinta terminó, la gente permaneció quieta, llorosa. Otros corrieron a sus casas a cumplir o cancelar pendientes, pues la proyección de la segunda película comenzaría en 15 minutos.

«Y arráncate bandoneón que te quiero pa' salterio». Inició la segunda función y el respetable creció de manera impresionante. Las travesuras del Torito alejaron el ambiente apesadumbrado y la gente rio cuando pintó al Carrizo, su perro y se enredó con el estambre. Aparecieron los superávits de mezquindad de los ricos de la película y no faltó el grito de «¡Ay méndigos!», o las alusiones a toda voz, cuando la abuela rica de Chachita dijo que las pobres se entregan por vicio o por interés, pues no tienen moral ni principios.

—¡Vieja maldita!

—¡Méndiga, desgraciada!

—¿A poco la conciencia es mujer?

—¡Sabe!

Las cosas se fueron complicando y Pedro, por cosas de negocios, se fue enredando con la mujer rica.

«Hasta para engañar son babosos», dijo Lupita, pero nadie le contestó, menos el marido a quien días atrás había sorprendido in *fraganti*. Pedro no llegó al cumpleaños de la "Chorreada", entonces, a Lupita se le vino fuerte el llanto y sin decir agua va se lanzó furiosa contra el Flaco, su marido, a quien no le quedó más remedio que

correr para su casa, seguido de la furia incontenible de Lupita, quien alternaba insultos y golpes sobre la escasa humanidad del Flaco.

—¡Quiéranse, pero en silencio!, gritó Gonzalo, pero nadie festejó su comentario.

La tragedia arreció cuando mataron al Camello, a quien la vida no pudo doblegar aunque era jorobado. Luego llegó el clímax dramático. El hermano del Tuerto quemó la casa de Pedro, matando al padre de Chachita y al Torito. El niño travieso y sonriente devino bulto inanimado, carbonizado, como yo imaginaba a mi hermano Juan Manuel. El Torito quedó entre los restos de la carpintería.

—¡El niño!

—¡Sálvalo!, gritaba la gente.

—¡Pobre criatura!

—¡Sálvalo Pedro!

El llanto se generalizó, hombres, mujeres y niños lloraban sin disimulo la muerte del Torito, maldiciendo al Tuerto y a sus secuaces. Descompuesto, Pedro apareció entre el fuego, cargando el cuerpo calcinado del Torito. Entonces se escucharon los gritos agudos, taladrantes de doña Jovita, quien se había puesto de pie lanzando intermitentes alaridos desgarradores:

—¡Hijito!

—¡Sálvalo Pedro, salva a mi hijo!

—¡Por qué no quieren que lo vea!

—¡Sálvalo, por lo que más quieras Pedrito, salva al Güicho!

Parada frente a la pantalla, Jovita alzaba los brazos como si llevara cargando al Güicho y levantaba los ojos clamando al cielo, pero sólo atinaba a pronunciar las palabras que parecían salidas de la

película: «¡Sálvalo Pedrito!». Unas mujeres la acompañaron hasta su casa. Jovita les rogó que la dejaran a solas con el Güicho. Se encerró y no dejó entrar a nadie.

El carrito de *sodas* se retiró, pero la gente permaneció sentada, conmocionada, haciendo pequeños comentarios en voz baja entre suspiros y llanto, como si estuvieran velando a un ser querido. Algunos comenzaron a levantar sus sillas para retirarse, cuando se escuchó una secuencia de voces en contrapunto: «¡Fuego!, ¡fuego!». Los gritos se generalizaron al igual que la confusión y los pasos presurosos. Los vecinos actuaron con impresionante rapidez. Corrían cargando baldes con agua, palas, picos y sacos mojados, pero todo resultó inútil, en pocos minutos, las llamas consumieron la casa de Jovita.

El Chiquilín

Cómo integrar su barba cerrada, los 185 centímetros ordenados uno tras otro para representar su estatura, con el extravío en su mirada y el tiempo transcurrido a contramarcha; abstracción diacrónica; edad mental regida por otros parámetros y que apenas completaba los seis años. Se sentaba en la pila del agua a la hora del recreo y desde ahí observaba correr a cientos de niños uniformados.

Eran divertidos, siempre lanzando patadas y madrazos o tras una pelota. «¡Gool!», el grito, los abrazos. El timbre que marca el final del recreo; el regreso, que es más triste con una derrota de 3 a 1. La maestra enseña; la maestra humilla, la maestra sonríe. Ricardo se excita, se incomoda, imagina a una mujer corriendo entre un yonke de televisores. Llega a su lado, la abraza, se besan; Ricardo sonríe, los niños se burlan, finalmente Ricardo sale del salón avergonzado, cubriendo con la mano la mancha de su pantalón.

Timbrar y salir son una cosa; el murmullo se aleja de la escuela, tras los niños que van a *bronquear*.

La maestra camina por el amplio pasillo de la escuela, entra al baño y mientras delinea el contorno de sus labios frente al viejo espejo piensa en el nuevo profesor. Repentinamente, descubre una imagen reflejada en el espejo, voltea y ve a Ricardo que se acerca.

En el patio de la escuela construida sobre lo que fue el panteón municipal se realiza una ceremonia. En las filas uniformadas todos notan la ausencia de Ricardo, el Chiquilín, de 1.85 de estatura. Mientras la ceremonia transcurre, cada uno va armando en la memoria las escenas y el recuerdo inevitable se presenta. La maestra atacada en

un *yonke* de televisores y, junto a ella, el cuerpo sangrante de su esposo, quien a consecuencia de los golpes sufrió daños irreversibles que le condenaron a cargar un tiempo mental estacionado en seis años.

Ritos de iniciación

El ingreso a la *secun* marcaba nuevos derroteros. La secundaria estaba provisionalmente en la avenida Hidalgo, a un costado de la tienda El Rey, donde muchos compraron sus primeros cigarros.

La llegada a la secundaria se acompañó de una helada "de Antología". Como cada año, se congelaron los charcos y el agua entubada. Eran síntomas de nevadas en La Rumorosa, lo cual daba inicio al arribo constante de carros con *monos* de nieve sobre la *trompa* o el techo. A causa del frío las manos se nos partían hasta sangrar. Con las heladas comenzaban las guerras con hielo y las mordidas de burro que eran golpes fuertes con la mano abierta en la parte posterior del muslo de quien se descuidaba, luego se cerraba el puño, produciendo un dolor intenso en la piel congelada. También eran comunes los gritos instantáneos, lastimeros, cuando se descargaba el certero golpe con el dedo índice en las orejas moradas por el frío, o los arteros ligazos con cáscara de naranja, seguidos de la risa de los compañeros.

Poco tiempo estuvimos en la Hidalgo, la calle donde la humedad producía la perenne formación de bolas en el pavimento como si se tratara de *gremlins* que se multiplicaban con la lluvia. La raza le llamaba La Venecia de Tecate, pues al pasar por ella los carros se mecían como góndolas. Después inauguramos los nuevos edificios construidos por el CAPFCE, hasta donde llegaban ríos coloridos de jóvenes marcados por el uniforme: rosas aniñadas las de primero, azul ensueño las de segundo y guinda anhelante las de tercero. Los hombres éramos todos cacahuates, con el uniforme caqui. Había quienes disfrutaban engrandeciendo los defectos físicos y mentales de los

compañeros, eran los carrilludos con la burla solícita para avergonzar a los garapiñados, los atacados por los granos y el acné. Los carrilludos ponían apodos por igual a altos, chaparros, gordos y flacos. Ahí conformamos pactos juramentados desde las complicidades y secretos sobre las chicas de la escuela que nos movían el piso generándonos amores y deseos subrepticios, pero también construimos amistades firmes, solidaridades heroicas y noviazgos inolvidables.

El profe Benja, director de la escuela, bromeaba y codeaba a quien se descuidaba. Su pasión por la literatura y su compromiso con la enseñanza contrastaba con sus desplomes voluntarios sobre el piso acompañados del grito: «¡Soy cardiaco!», evidenciando dramáticamente nuestras torpezas. Pero era generoso y aguantaba los contra ataques. La prueba de fuego fue el día en que le quitaron los tornillos a su silla. Llegó meteórico, como siempre, se dejó caer en su asiento y terminó en el piso, esta vez de manera involuntaria. Fue un golpe seco, contundente. La actitud del grupo cambió, todos permanecimos atentos, expectantes. El profe Benja sacudió su traje, sereno, displicente y, sin más, comenzó a impartir su clase, aumentando su respeto entre la raza.

El químico Arteaga se caracterizaba por un humor corrosivo dirigido contra las estrellas, nombre eufemístico con el que llamaba a sus alumnos más indisciplinados, los más relajientos. No fueron pocos quienes, avergonzados, tuvieron que abandonar el salón de clase por no haber podido responder las interrogantes de Arteaga. Un día preguntó a Adrián Noriega:

—A ver estrella, ¿cuál es el nombre de la fórmula que aparece en el pizarrón?

Adrián agrandaba los ojos, tragaba saliva frente a la fórmula del sulfato de sodio y lanzaba rápidas miradas de reojo a la espera de que algún compañero iluminado le ayudara con la respuesta.

—¡Estrella, estoy esperando que me responda!, decía enfático el químico Arteaga.

Piadoso, Gabriel Soto le sopló la respuesta. Adrián sintió que repentinamente la sangre regresaba a su cuerpo y con voz orgullosa contestó:

—¡Aniceto de Sodio, maestro!

El pobre Adrián fue obligado a abandonar el salón de clases por varias semanas entre la risa incontrolable del grupo. Desde afuera, lanzaba señales amenazantes al compañero que le había ayudado con la respuesta.

En otra ocasión, el químico Arteaga preguntó a uno que traía entre ojos:

—A ver estrella, ¿cuántas vueltas dan las llantas de un carro que realice un viaje de Tecate a Tijuana?

Después de mucho reflexionar y confrontando la ignorancia o indiferencia del grupo frente a sus miradas inquisidoras, el estrella bajó la mirada reconociendo su desconocimiento. Arteaga se solazó, le acusó de no prepararse e increpó a una de las alumnas más ingeniosas:

—A ver señorita Maricruz, dígale al estrella cuántas vueltas da...

Entre nerviosa y despreocupada Maricruz respondió: «Pues... muchas maestro».

Arteaga cambió de semblante, sonrió eufórico y dijo aprobando: «¡Muy bien señorita Maricruz, usted sí estudió!», y luego,

irritado: «¡Usted sálgase estrella!, ¡salga de mi clase y no regrese hasta que hable con el director!».

Frente a los desplantes del químico, la raza optó por inventarle un noviazgo con una profesora recién llegada, broma que los estrellas retomaron con beneplácito, porque frente a las diferencias de poder en los salones queda el justiciero recurso de la *carrilla*, como la que dirigíamos contra el físico Olmos, quien disfrutaba humillar a los estrellas y avergonzar a las compañeras con sus desplantes.

Finalizaba el ciclo escolar y Adrián se esforzaba tratando de recordar las cinco respuestas que le faltaban para terminar el examen de historia pero, de plano, se confundía con las fechas, además se referían a eventos que ocurrieron cuando él aún no nacía. A ver, ¿por qué no le preguntaban cosas recientes, de los grupos de moda o de los líderes en la tabla de goleo? Para acabarla de amolar, Gustavo se levantó a entregar el examen y no le ayudó con ninguna respuesta.

Gustavo recogió sus pertenencias y se dirigió a la salida. En el trayecto, después de una rápida evaluación de riesgos, dejó una hoja doblada sobre la prueba de Adrián, quien la ocultó presuroso debajo del examen. Al primer descuido de la maestra, Adrián desdobló el papel buscando las respuestas del examen, pero sólo encontró un mensaje cifrado que decía: «¡Todos firmes! El sábado a Tijuas».

Los domingos eran deportivos y muchos se daban cita en el campo Manuel Ceceña para presenciar los juegos de los buenos tiempos de Los indios y Los cerveceros de Tecate, con sobredosis de ingenio por parte del estimado y preliminares de Los pajaritos en la infantil y juvenil. Ahí se formaban las glorias locales que le sabían al rey de los deportes. Resultaba imposible sustraerse a la admiración

producida cuando, ante alguna jugada desafortunada, el personal explicaba con tono serio y doctoral: «fue error mental».

Memorables en el bateo fueron Manuelón Hernández, cuarto *bat*, y el zurdo Meño Estrada, quienes tuvieron épocas de gloria provocando gritos destemplados del respetable cuando, en la novena entrada, se volaban la barda con casa llena en un juego que ya se consideraba perdido. Acto seguido algún aficionado pasaba la *cachucha* y se recolectaba el dinero para premiar el batazo.

En el cuadro fuerte se encontraba el Nel Montaño, agarrando todo lo que pasara por primera, al igual que el chaparrito Jalimi Gutiérrez, quien se lucía en el *short stop* con sus lances espectaculares; el Zurdo Meza, sorprendente por sus tiros desde el jardín central, sacaba a los ingenuos que corrían desde tercera esperando anotar carrera mediante "pisa y corre", y Lázaro Méndez era conocido por sus reclamos obsesivos de las pelotas que salían del cuadro. Después aparecerían otros destacados beisbolistas como el super catcher Roberto Heras y el importado Sommers. Difícil separar al Manuel Ceceña del ambiente enmarcado por los gritos metálicos de: «¡Ampayita menso!», de Polo Brambila, o las voces de los aficionados gritando: «¡Ponte sotana *güey*!», cuando a algún pelotero se le iba la bola entre las piernas. El público potenciaba los encuentros, otorgándoles el toque sabroso y divertido.

—¡Ése no batea ni con tololoche!

—¡No lo hagas pitcher, Meño!

—¡Ampayer ratero!

Adrián llegó temprano al estadio, donde se encontraría con Gustavo y con los otros miembros del grupo que saldría para Tijuana.

Había *terapiado* a su madre toda la semana para que le permitiera dormir en casa de Gustavo, donde se quedaría «a estudiar para los exámenes semestrales».

El juego llegó a la octava entrada y Gustavo no aparecía. Adrián pensaba en la probabilidad de que sus amigos se hubieran *rajado*, que hubieran tomado una decisión de última hora cancelando el viaje a Tijuana. Esta posibilidad comenzó a intranquilizarle. Después, la inquietud devino irritación que desquitó insultando al *ampayer*, a quien consideró el principal culpable de que Los indios fueran perdiendo por marcador de cuatro carreras contra una frente al equipo de Mazatlán.

Caía la novena entrada. Los indios cerraban, con dos *outs*, dos *strikes* y casa llena. Manuel Hernández, parado frente al pentágono, levantaba el *bat* amenazante, esperando la famosa recta relampagueante del zurdo mazatleco que tanto daño había hecho a los bateadores locales. El público animaba al Manuelón, pero luego guardó silencio para que no se desconcentrara. El *pitcher* inició los movimientos y lanzó su famosa recta. Manuelón le tiró a la bola que avanzaba a toda velocidad hacia el guante del receptor ubicado en la punta del pentágono, arriba de sus rodillas. Justo sobre el centro del home se escuchó el batazo contundente que puso la pelota del otro lado de la barda por el jardín central. Desde que se percibió el impacto seco, la trayectoria del *home run* fue acompañado con el grito victorioso de los aficionados: «¡Se va...Se vaaa...Se fueee!». El respetable se puso de pie, jubiloso y el grupo norteño se arrancó con el *Cachanilla*. Manuelón dio la vuelta al cuadro, mientras la *raza* realizaba brindis por doquier al grito de «¡Viva Tecate!».

Adrián aprovechó para echarse un brindis y bajarse el coraje por el plantón de Gustavo, pero recordó que ese día era la final del Torneo Municipal de Basquetbol. Seguro que Gustavo estaría en el gimnasio, y allá fue a buscarlo.

La vida era lenta pero intensa. Muchos ánimos juveniles se desfogaban en el deporte. Por eso el auditorio y los campos deportivos son importantes depositarios de recuerdos. El "Eufrasio Santana" se poblaba de futbolistas, entre quienes el equipo La Aduana resultó vencedor en varias temporadas gracias a los goles de Tino Terrazas, las atrapadas del Torombolo Osuna y la impenetrable defensa de Armando Romero. En el gimnasio se realizaban intensos entrenamientos de *voli* y de *basquet*. En *voli* Tecate fue por mucho tiempo la potencia bajacaliforniana, con César Osuna, Eduardo Jiménez Nevárez y Jesús Loya, miembros de la selección olímpica.

El gimnasio se llenaba de entusiasmo con los enfrentamientos basquetboleros entre los equipos Astros y Napa. A los Astros, mi equipo, lo dirigía Agustín Mondragón y estaba formado por el Samy Orozco, Neto Martínez, Jorge Hernández, Abel Valle, Alfonso Velázquez y Pato Arvizu, en los tableros; Rubén Medina, como movedor de bola y, en las alas, Reynaldo y Javier Vázquez y Miguel Ángel Moreno. Los juegos enardecían los ánimos y algunos derivaron en peleas campales en las cuales también participaba el público y Los Astritos quienes, a pesar de jugar en la liga infantil y juvenil, estaban listos para las mayores en las *broncas* callejeras.

Los Encinos era el sitio obligado de las reuniones cerveceras, donde muchos vivieron sus primeros excesos etílicos entre carne asada y relatos épicos salpicados de bromas contra el primero que

se descuidara. Los Encinos encierran miles de anécdotas e historias. Cuentan que, con el silencio de la noche, se escuchan pláticas de tiempos idos; nítidas narraciones o conversaciones de años atrás, situaciones y borracheras memorables que ahí ocurrieron, incluidos los encuentros amorosos, los escenarios de heroicas peleas o cachetadas "antológicas" cuyo sonido, seco y sonoro, sigue alertando a los maridos sobre el alto costo de la *vaquetonada*. Hasta secretos susurrados años atrás, salen de los árboles y se escuchan clarito, con sonido estereofónico y toda la cosa. Desde que esto se supo, muchos tecatenses se preocuparon temiendo que algunas de sus experiencias fueran reveladas por los árboles de encino y se propalaran por el pueblo.

Cuando Adrián llegó a Los Encinos recuperó la sonrisa. En torno a un barril chaparro y gordito estaban Gustavo y los amigos con quienes saldría a Tijuana. «¡Ya se hizo!», pensó Adrián y corrió al lugar donde se realizaba el ritual que rinde culto al barril, entre risas, anécdotas, *carrilla*, chismes e historias conocidas.

—*Quihúbole* Adrián, dijo Gustavo, con media estocada en el cuerpo.

—Qué *onda* mi Gus, pensé que ya me habían dejado abajo.

—*Nel güey*, cómo crees. Te dije que ese jale estaba firmes.

Quedamos de *guacharnos* a las nueve, en el *Drive Inn*.

El Chuy se acercó, tambaleante, cantando Una lámpara sin luz de Pedro Yerena que sonaba fuerte desde uno de los carros:

...Eres una brújula sin rumbo,
un reloj sin manecillas,
una lámpara sin luz.

Después de saludar a Gustavo, el Chuy se subió al barril de cerveza y arrastrando las palabras inició una perorata:

—Ilustres dipsómanos... esa canción es como Tecate, ciudad que tiene un río sin agua, una fuente seca, un ferrocarril por donde no pasa el tren, un cine que no funciona, un presidente de la Asociación de Padres de Familia que no tiene hijos y una gloria futbolística con promedio de goleo de menos uno. Por eso, el verdadero dilema es *to beer* or *not to beer*, o sea, ser...veza o no ser...veza.

Las caminatas circundantes al parque fueron sustituidas por vueltas motorizadas en la avenida Juárez. Especie de saludódromo donde compartíamos sonrisas y saludos decenas de veces con las mismas personas, echando ojo a las muchachas, esperando la oportunidad del cambio de luces y, en ocasiones, de tripulantes. Parada obligada era el *Drive Inn* La Carreta de los Valencia, donde vendían los mejores burritos del pueblo y chocolate caliente inigualable para las noches invernales. En su estilo, La Carreta reflejaba la transición inconclusa de una urbanización marcada por la vida vaquera y la figura del Gory, con su tejana y su estampa de personaje de *western* lo evidenciaba.

Éramos argonautas que viajábamos en el *falconcito* verde de Abel Valle, en ese ritual tan común de la confirmación de pactos juramentados entre amigos, con las cervezas en el piso del carro recién compradas en el almacén de Ferreiro o en la tienda de los Arias, donde vendían *caguamas* frías, *sudaditas*. En el encuentro cotidiano y las vueltas en el pueblo, recorrimos miles de kilómetros y gastamos muchos litros de gasolina. Ahí comenzábamos a calentar la garganta y cuando la ocasión lo ameritaba hacía su aparición el Quinteto Desesperación listo para la serenata. Marco A. Loustaunau, responsable y entonado,

llevaba la voz cantante y en el acompañamiento entrábamos Abel Valle: bonachón y tranquilo, Samy Orozco: nobleza hiperactiva, Miguel Moreno: galán e impulsivo, Neto Martínez: juguetón, pero romántico, y yo, que desentonaba para que no pensaran que éramos profesionales. Además de las infaltables canciones de tríos, como *Tres regalos, Reloj, Gema, Como un duende, Alma de cristal, Usted o Por fin*, intercalábamos poemas en una atmósfera romántica, tirando a cursi. Fuera del marco serenatero, en las noches bohemias rifaba *Un viejo amor*, canción que acompañó varias lunadas en el rancho de Abel.

Con mis amigos Víctor Manuel Munguía y Arturo Guerra iniciamos viajes a Tijuana para ver películas, incluidas algunas de adultos que hoy se transmiten a cualquier hora por televisión abierta, Víctor se parecía Alex Dinamo, versión mexicana de James Bond protagonizado por Julio Alemán y era muy avezado en matemáticas y ciencias afines mientras que Arturo era músico, melómano y humanista, ambos generosos y carrilludos.

Por las noches rivalizaban las dos cantinas del pueblo: El Patio y el Bar Diana. También aparecieron los llamados centros sociales y recreativos familiares, como destacaban los letreros que anunciaban a los primeros prostíbulos: La Jarocha, La Cucaracha y El Camino, sitios que ahora se anuncian como centros turísticos. Hasta ahí llegaron airadas esposas a sacar a los maridos ante la burla de la concurrencia y los inútiles intentos de los descontrolados esposos por minimizar la escena, al tiempo que, nerviosos y avergonzados, se deslizaban a la salida.

El rito de transición de algunos adolescentes tecatenses se realizaba en Tijuana. Los más experimentados apadrinaban las ansias

de los primerizos. El ritual incluía un amplio preámbulo de consumo cervecero para espantar el miedo, aunque esto siempre se disfrazaba, pues nadie quería evidenciar sus temores. Los esfuerzos para aparentar dominio incluían las poses de galanes aprendidos de los astros del cine, pero el nerviosismo denotaba la inexperiencia. Vanos resultaban los esfuerzos por imitar la levantada de ceja devastadora de Pedro Armendáriz, la ironía donjuanesca de Mauricio Garcés o el galanteo despreocupado y vacilador de Pedro Infante y demás personajes arquetípicos de gesto severo y voz golpeada, hombres enardecidos por el licor, con las pistolas siempre listas para lo que se pudiera ofrecer.

Los escenarios imaginados por el grupo de imberbes se desvanecían cuando llegaban las mujeres e inmediatamente reconocían su inexperiencia. Con la seguridad adquirida después de varios litros de cerveza, elegían a la mujer de su gusto o, por lo menos, la que más se acercaba a su presupuesto, saliendo con ellas ante la actitud admirativa de quienes aún no se animaban. Algunos regresaban a los 10 minutos declarándole su amor a la fortuita acompañante y contemplándola como si fuera una diosa o la misma Venus o Afrodita. Muchos hasta corrían para llegar a contar lo bien que se habían portado, y otros solo adoptaban los desplantes sobre actuados de los galanes del cine.

Los letreros luminosos contrastaban con la miseria circundante: El Chicago, Las Adelitas, El Infierno... Caminábamos sorprendidos, concentrados en el momento de la prueba, cuando debíamos pasar como mayores de edad. Nuestro guía era Pancho, un amigo de 20 años a quien considerábamos el más experimentado. Los demás andábamos entre los 15 y los 17 años. Bromeábamos para relajarnos, Pancho iba adelante, como refrendando su efímero

liderazgo. Atrás Adrián, Gustavo, Pedro y yo, avanzábamos sin disimular nuestro asombro. Ante cada insinuación de las mujeres con quienes cruzábamos, Pedro se detenía a darles una larga explicación excedida en frases de respeto, cortesía y alusiones a nuestra probidad moral. Ellas rápido se enfadaban y lo dejaban con la palabra en la boca.

Cuando llegamos al lugar indicado, Pancho sacó los 100 pesos que previamente habíamos reunido de coperacha, y se los dio en la mano al portero, como si lo estuviera saludando, mientras los otros pasábamos sin identificarnos.

En cuanto traspasamos las puertas de plástico rojo de la entrada, chocamos las manos para celebrar el éxito de la primera fase.

—¡Guachen!

—¡Ay güey!

Acorde con la sordidez del lugar, una mujer se contoneaba desnuda en un empobrecido y oscuro escenario. La escasa luz y las tonalidades rojas, pero sobre todo, su desinhibida desnudez le hacían parecer atractiva. Un hombre de camisa blanca, pantalón negro y chaleco rojo llegó a ofrecernos bebidas y una mesa cerca del escenario. Nosotros lo seguimos sin chistar.

Iniciaba la presentación de Marlene, una joven rolliza que se movía ante nosotros lanzando caderazos, ofreciéndose ante nuestras miradas ávidas y temerosas. La primera ronda de cervezas se consumió entre risas y silencios prolongados, atrapados en la morena de cuerpo bonito que había sustituido a Marlene, bailando ritmos *cumbieros* ante las miradas lascivas de los hombres que bebían frente al escenario. Ella acercaba su cuerpo a nuestra mesa y aunque nadie, ni siquiera Pancho, se atreviera a tocarla, nos aferrábamos a ella con la mirada.

Después de varias cervezas, unas mujeres llegaron a nuestra mesa pidiendo que les invitáramos un trago. De inmediato aceptamos y nos levantamos caballerosamente para acercarles las sillas. Compartimos miradas y sonrisas de complicidad. La cosa iba bien, la actitud complaciente de nuestras acompañantes nos hizo pensar que éramos irresistibles. Después de un notable consumo cervecero, poco a poco comenzamos a adquirir la seguridad que la situación demandaba.

Las conversaciones se fueron fragmentando. Pedro se apuntó para sociólogo y hacía un largo interrogatorio sobre la vida de Marlene. Pancho le hacía al Jorge Negrete en *¡Ay Jalisco no te rajes!*, pero su acompañante, una jarocha de fuego, parecía no darles mucha importancia a sus poses de charro cantor y, a ratos, hasta parecía que se burlaba de nuestro experimentado guía. Gustavo resultó el más enamorado, abrazaba con enorme fuerza a una flaquita chimuela, tratando de besarla en la boca, pero ella se resistía argumentando que sólo besaba a su novio... cuando lo tenía, porque cuando no, pues no. A Adrián se le subieron las cervezas, comenzó a arrastrar las palabras y a actuar con evidente torpeza, pero esto no le importaba a la güera oxigenada que estaba con él, quien seguía pidiendo bebidas y las ordenaba en hilera frente a la cabeza de Adrián, para que no se fuera a hacer el occiso cuando llegara la cuenta.

Una hora después la escena había cambiado por completo, cada uno hacía su mejor esfuerzo para concretar el objetivo del viaje. Adrián estaba dormido sobre la mesa entre un montón de bebidas que la mujer seguía acumulando. Gustavo, declaraba públicamente su amor a la flaquita y le suplicaba que le diera un beso.

—¿De veras me quieres?, le decía ella abriendo su boca desdentada.

—Claro, preciosa.

—¿Te casarías conmigo?

—Por supuesto que sí.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Pruébamelo.

—¿Cómo?

—Dame tu cartera en garantía y yo te la llevo mañana a tu casa, nomás déjame bien clarita tu dirección.

Gustavo sacó la cartera para entregársela, y casi al instante le brincó Pancho, regañándolo:

—¡No seas *pendejo* Gustavo!

Aquello derivó en una fuerte discusión, pues Gustavo se empeñaba en demostrar que tenía palabra, que realmente estaba enamorado de la flaquita y que se casaría con ella. El único que no participaba era Pedro, quien de sociólogo devino sacerdote, pues se encontraba empeñado en convencer a su acompañante que vivía en pecado, que debía retirarse, dedicarse a otra cosa, le pedía que lo hiciera por sus hijos. Marlene, enfadada de la necedad militante de Pedro, le contestó enfurecida: «*¡Pendejo*, si lo hago por mis hijos!». Se levantó de la mesa y lo dejó hablando solo, pero Pedro, quien no se resignaba tan fácil, se paró presuroso y salió tras ella.

Refrendando su calidad de guía espiritual de nuestro ritual de iniciación, Pancho se apalabró con la Jarocha, haciendo evidente su triunfo para que le tributáramos nuestro reconocimiento. Antes

de partir empinó hasta el fondo el tequila doble que recién le habían servido y se retiró con la morenaza. Ahora me tocó a mí cuidar la cartera de Gustavo, quien se obstinaba en darle a su flaquita todo el dinero que traía como prueba de su amor.

Rosa, la grandota chihuahuense que me acompañaba, confirmó que ya podíamos salir, así que me levanté de la mesa tras convencer a Gustavo que guardara la cartera y no la sacara, pues ya le estaba enseñando a su flaquita fotos de su futura suegra. Estábamos por partir cuando Pancho regresó *echando madres*. Al llegar a la mesa cogió una cerveza y se la tomó de hidalgo, como si realizara un acto público de ablución.

—¿Qué onda, Pancho?

—La Jarocha.

—¿Qué onda?

—¡No es morra, es vato!

—¡No mames güey!

—¿La Jarocha?

Nos levantamos solidarizándonos con la indignación de Pancho, incluso Gustavo, a quien súbitamente se le acabó el amor y empujó a la flaquita con desconfianza. Adrián levantó la cabeza y al notar que su acompañante se había retirado, se paró como cohete preguntando por ella.

—Aguanten, falta Pedro, a ver si no lo *transan*, dijo Gustavo. Esperamos 15 minutos hasta que Pedro apareció, sonriente, mostrando una felicidad sobreactuada. Llegó a la mesa, y antes de que pudiéramos hablar, comenzó a fanfarronear que lo había hecho con Marlene.

—¡Hubieran visto, *compas*, se quedó bien clavada con mis huesos! ¡*Neta* que le hice un súper *jale*! ¡Me dijo que nunca se lo habían hecho como yo! ¡Se quedó enamorada de mí y hasta me rogó que no la dejara!

—Luego nos cuentas —dijo Pancho, a quien no se le bajaba el coraje—, ya nos vamos a descontar.

Mientras pagábamos la cuenta, a Adrián se le acabó de espantar la borrachera. Se quedó atento con el recibo en la mano. Pensamos que estaba sorprendido por la cantidad de *pistos* que le anotaron mientras dormía, pero su vista no estaba fija en la nota, sino en el fondo del lugar, cerca de los baños,

—¡Guachen!

—¿Qué?

—¡Miren quién está ahí!

En el fondo estaba el Químico Arteaga, prodigando apasionados besos a la Jarocha. Arteaga había sentenciado a Adrián que reprobaría su curso y lo humillaba cada vez que podía. Sin pensarlo dos veces, Adrián se fue directo al lugar donde se encontraba el profesor, llegó hasta la mesa, lo saludó de mano y le habló en secreto. Arteaga se levantó como impulsado por una palanca evidenciando su desconcierto y agradeciendo a la oportuna intercesión de Adrián quien regresó sonriente mientras la Jarocha, furiosa, le lanzaba un bote de cerveza y lo *pendejeaba* por chismoso y por metiche.

Finalmente, el aire fresco de la madrugada. Junto al *Kentucky fried buches*, estaba Marlene echándose unos tacos. Pedro aceleró el paso, pero ella se acercó y sin ninguna discreción le dijo con fingido tono maternal:

—No te preocupes muchacho, a muchos les pasa la primera vez, a veces es por el licor. Regresa otro día y, si no puedes, entonces, sí, ve a ver un médico... la medicina está muy avanzada.

Al otro día por la mañana se comentaban las anécdotas de la noche anterior pero ligeramente modificadas. La palomilla estaba impresionada. Algunos nos reprochaban que no los hubiéramos invitado, pero la mayoría se contentó con nuestra promesa de incluirlos en la próxima salida. Nos veían con admiración, pues no era sólo la triunfal y seductora experiencia vivida; además, se morían de envidia cuando les hablábamos de la increíble belleza de las *morritas* con quienes habíamos estado. Esperamos morbosos el timbre de las 11 marcando el inicio de la clase de Química. El Químico Arteaga estaba particularmente amable y hasta destacó que había notado un considerable mejoramiento en el rendimiento del grupo, especialmente en alumnos como Adrián Noriega, quien con empeño y sacrificio había logrado una sensible superación que debía servir de ejemplo para el resto de los estrellas.

El secreto de Cronos

La Cervecería Cuauhtémoc y Famosa fue el corazón industrial del pueblo y de ella dependían los ingresos de muchas familias tecatenses. Desde 1943 su silbato marcaba tiempos de vida fundamentales asociados al cotidiano ritmo secularizado. El primer pitido: el despertador, sonaba a las 6:15 anunciando el inicio del día, con él se encendían las luces de los hogares en los inviernos cuando el sol aún no advertía su salida. Seguía el recordatorio de las 6:30 que era tiempo de ingreso a la fábrica y su ruido conminatorio conllevaba el incremento de la velocidad en el arreglo y el desayuno rápido.

El pitido de las siete marcaba la entrada de la mayoría del personal de la planta que debía *ponchar* tarjeta con retraso máximo de 10 minutos y el inicio del viaje a la escuela. Al medio día y a la una de la tarde volvía a escucharse el silbato anunciado el tiempo para consumo de alimentos. Entonces salían niños y madres llevando las *loncheras* con la comida de los trabajadores y trabajadoras. El silbato también delimitaba la salida de la primaria. Entonces la ciudad se inundaba de infantes transitando con los uniformes que los identificaban con la escuela. Algunas madres que se habían retrasado pasaban presurosas a recoger a *morritos* y *morritas* que estarían esperándolas afuera del plantel.

Los cambios de turno de la fábrica también se anunciaban con los pitidos de las 2:30, el de las tres y las cuatro de la tarde, que acompañaban el recorrido hacia el ocaso. En la noche, desde La Cervecería se anunciaban las nueve y media, marcando el final de los juegos callejeros y el retorno a casa. Con él se interrumpía la magia

del juego, las rondas y fantasías del barrio y las visitas de los novios. Aprovechando el silbato, algunas madres impacientes preguntaban con fingida sorpresa: «*¡híjole!*, ¿A poco ya son las nueve y media?», y las más atrevidas decían a quemarropa: «¡Juan Miguel, ya son las nueveeete!». En casa iniciaba el movimiento y Benjamín Arreola, Francisco Uribe, Javier Chavarín, Rubén Tiznado y Víctor Flores, los cuñados, se despedían con lo cual descansábamos de nuestra obligada y aburrida tarea rotativa de *chaperones*.

Eventualmente, el pitido sonaba largo, angustioso, prolongado. Sabíamos que una desgracia acababa de ocurrir. Las redes del pueblo se activaban y casi al instante conocíamos causas y víctimas de la tragedia.

Con el silbato cervecero aprendimos a relativizar el tiempo. Cuando se activaba, los tecatenses checaban sus relojes de manera automática, igualándolos al punto anunciado desde la fábrica.

Cuando me enteré que entre las funciones que realizaba mi padre estaba la propalación de las marcas del tiempo sobre la ciudad, sentí un gran orgullo y lo imaginé como un dios poderoso capaz de controlar el ritmo del tiempo y de la vida. Un día le escuché decir que el anuncio de las cuatro se realizó con ocho minutos de retraso. Entonces supe que el tiempo no pertenecía al campo de los absolutos, que podía ser convención, construcción social, arreglo consensuado, marco referencial de vida. A pesar de todo, la fábrica delimitaba el pulso y ritmo de las actividades tecatenses. Como si las dosis de tiempo debieran anotarse en la lista amarilla de provisiones alimenticias que mensualmente entregaba el pickup de La Cervecería. Desde entonces, cuando por las tardes poblábamos con nuestras risas

y gritos los terrenos baldíos aledaños al barrio, me entusiasmaba pensar que el responsable de pitar las nueve y media se quedaría dormido y, entonces, podríamos jugar la noche entera.

Las oportunidades laborales en La Cervecería favorecían a los hijos y familiares de los socios. Esto facilitó mi contratación eventual a los 16 años. En este trabajo se tenían dos opciones. La primera era aparecer en unas listas que diariamente se elaboraban y pegaban en vitrinas especiales ubicadas dentro de la planta y en la caseta de vigilancia donde trabajaban mi padre, José Castro y el Bule. La segunda era ser programado para suplir: «suplir me tocó a mí en esta vida». Esto significaba que debíamos presentarnos de seis a diez de la mañana, esperando afuera de la planta pues si alguno de los programados fallaba entrábamos a reemplazar al faltista. En caso contrario, regresábamos a casa y esperábamos la aparición de las listas del día siguiente. Las suplidas eran a la intemperie. De ellas recuerdo los amaneceres más fríos de los duros inviernos tecatenses. Con hielo, lluvia o granizo, la gente esperaba afuera de la planta la oportunidad de acumular un día más al sueldo de la semana.

La fábrica presentaba otros aspectos de las personas. Ahí trabajaban muchos habitantes del pueblo, pero en cierta manera no eran los mismos, pareciera que representaban a otros personajes. La Cervecería no era un campo politizado, sino un espacio donde se exaltaban las particularidades. Los señores a quienes afuera trataba con deferencia, adentro jugaban otros papeles, donde frecuentemente la *carrilla* definía el argumento, excepto en las reuniones sindicales, en las que las bromas, las alusiones a los compañeros o a la mejor disposición de coadyuvar, les otorgaban un tono distinto. Signo de

otros tiempos, los trabajadores cerveceros conformaban una suerte de aristocracia obrera, y el Sindicato de Trabajadores Cerveceros, Malteros y Similares, colocó a algunos de sus agremiados en la presidencia municipal.

El mundo infantil quedaba finalmente liquidado entre olor a lúpulo y cebada, las bromas y el aprendizaje de nuevas formas de solidaridad. Era el tiempo de las máquinas, de la puntualidad, de la confrontación con una inercia de vida que desdibujaba muchos planes personales. La obtención del sustento presentaba sólo uno de los elementos, el otro se encontraba en las certezas de quienes lo tenían como proyecto de vida.

En el Departamento de Envasado se vigilaba el proceso, desde la llegada de las latas o las botellas que aparecían una tras otra en ductos metálicos, como un rosario rojinegro interminable que se deslizaba por canales plateados. Del Departamento de Cajas, Mike Moreno, el Tecuala o el Soples hacían llegar los recipientes de cartón que después serían estibados en los camiones. Los botes y botellas vacías llegaban a las máquinas envasadoras giratorias donde recibían la cerveza bajo la mirada vigilante de Higuera o Moreno. Después iniciaban el viaje hacia la pastora pasando por una lente, donde Odilón López vigilaba que tuvieran los contenidos de cerveza reglamentarios.

Los botes o botellas ingresaban a la enorme máquina pasteurizadora de donde saldrían media hora después. Ahí estaba Noriega, Mata, Miller, Melero, Cota o Aguilar, vigilando que el proceso no se detuviera, destrabando los botes o quitando botellas rotas. Al inicio, la marcha de águilas negras parecía amenazante, pero después el recorrido cervecero se volvía familiar, se integraba en la cotidianidad fabril.

Frecuentemente me perdía en los recuerdos tras la obligatoria careta de plástico que resultaba molesta en los veranos, al igual que los guantes y braceras de cuero: accesorios de gran utilidad para protegerse de las continuas explosiones de botellas de cerveza, especialmente del espectacular estallamiento de *caguamas* calientes recién salidas de la pastora. Cuando uno se *atarantaba* el proceso se detenía y se escuchaban los gritos de alerta hasta que llegaba la ayuda solidaria pues los más experimentados se encontraban expectantes de los errores y torpezas de los nuevos. Después de algún incidente que retrasara la línea, aparecía Nicolás, el supervisor, y si la situación se prolongaba llegaba Rubén y los ingenieros Villarino o Rivera. Después, las cajas con cerveza avanzaban por bandas mecánicas a los camiones y seguían su camino hasta las gargantas de los consumidores.

El mundo obrero era encapsulado, *carrilludo*, bromista, competitivo, infantil, cargado de chismes reales o inventados, pero también era solidario y amistoso. Frecuentemente los chistes manidos eran adaptados a los compañeros de trabajo.

En la planta había diversos personajes, como Armando, hombre fuerte que se colocaba frente a los espejos de los vestidores a admirar su musculatura. Imagino un largo y triste pitido el día en que el mar se llevó a su hijo y él se lanzó al agua para salvarlo, pero la corriente los atrapó y no lograron salir. Pedro era famoso por evitar el baño a cualquier costo, incluso el día en que cayó dentro de un tambo de solventes ácidos que le cocieron la pierna, pero él se negó a que lo mojaran para atenuar el efecto de la solución.

En La Cervecería había personajes que, agudizando el ingenio, se echaban sus cervezas a pesar de la presión y cuidado de los

vigilantes, quienes se jalaban los cabellos tratando de descubrir sus secretos. Memorable era el mecánico de Mantenimiento, quien pasaba con su balde de aceite a checar las máquinas y dentro del balde llevaba los botes de cerveza que después tomaba divertido. En Embarrilado, la cosa era diferente, ahí había una llavecita ex profeso para la raza, como la llave mítica que según muchos tecatenses conecta directamente a La Cervecería con las casas del pueblo.

La Cervecería marcó el tiempo social tecatense, así como una parte central de mi biografía familiar. Me guardo una tarde invernal cuando la procesión fúnebre avanzaba por la avenida Hidalgo. Era una larga fila de carros encabezados por la carroza donde llevaban a mi padre con su cuerpo aterido, inmóvil, en su viaje de reencuentro con Chepi, con quien compartió más de 60 años de vida. Chepina se fue poco antes, así nada más, de repente, entre bromas, dejando el mundo que ella cosió con retazos coloridos de cariño. El olor a lúpulo y cebada, tan cercano, tan familiar, indicaba el paso frente a La Cervecería. Entonces se escuchó el pitido, su sonido prolongado que prodigaba una triste despedida. Sobre los techos de la fábrica se encontraban varios trabajadores con sus uniformes caqui y los cascos sostenidos a la altura del pecho. Era una hilera silenciosa que daba el último adiós a un compañero de trabajo. Desde lo alto se escuchó la voz de uno de los obreros: «¡Ahí va don Panchito!» Otro añadió con afecto: «¡Ahí va uno de los nuestros!».

John Wayne y los *narcos*

Las telenoticias de la tarde muestran un terrible escenario donde aparecen horrendas imágenes de cuerpos tirados en el suelo. Sueños salpicados de viscosidad bermeja irremediablemente derribados. La sangre enmarca la historia de una familia estadounidense: padre, madre y un pequeño de escasos meses de vida yacen en el interior de una casa. «Crimen de chacales», señala la voz que narra el múltiple asesinato, ajuste de cuentas que lacera la vida. Milagrosamente un niño de seis años logró escapar gracias a un descuido de los hombres que se introdujeron a la residencia de la infeliz familia victimada. El tono de la nota es repugnante, ferozmente inhumano, pero el ambiente me atrapa, me conduce al espacio de mi infancia, me induce a *tecatear* los recuerdos.

En los años sesenta, comenzamos a oír otras historias. Mujeres que llegaban de diversas partes del país para trabajar en las maquiladoras. Tecate Internacional fue la primera maquila del pueblo. Varias de las mujeres que ahí trabajaban eran madres solas que venían buscando mejores opciones de vida, o muchachas del lugar que ingresaban a su primer empleo. La reacción al principio fue estigmatizante, les llamaban "maquilarañas" o "maquilocas", apodos que después se irían transformando cuando la gente las fue conociendo y se familiarizó con las nuevas condiciones del mercado de trabajo.

En esa época, escuchamos inéditos relatos difíciles de entender para los no socializados en el mundo *factoide* de la televisión. Historias del *narcomundo* que los niños incorporábamos en el binomio elemental de buenos y malos. "Los locos" cobraban visibilidad, pero

no las personas a quienes consideraban con problemas mentales, sino los consumidores de drogas, quienes comenzaban a engranarse en la marihuana, los ácidos o la cocaína. Sin entenderlos, la gente optó por cuestionarlos adjudicándoles una condición malévola, aunque eso no ocurría en la mayoría de los casos.

Se identificaba a quienes participaban en el narcotráfico, incluso a quienes llevaban vida doble, con imagen respetable y reconocimiento social. A los *narcos* se les cuestionaba y magnificaba. Atemorizaban las historias de sus actos desalmados, su frialdad ante la muerte, su inclemencia frente a la traición, su ilimitada capacidad contaminante. También se hablaba de su poder desmesurado, de sus alianzas con altos políticos y jerarcas religiosos. En esos días apareció en Tecate un personaje peculiar, ridículo y temerario. Hombre moreno, compacto, de músculos férreos y pequeña estatura. Era un modelo a escala de La mole, personaje fantástico de nuestra infancia. Camino a casa lo vi por vez primera. El Tony, como se le conocía, viajaba a considerable velocidad sobre su moto, una Harley-Davidson que le quedaba visiblemente grande. Lo peculiar y extraordinario era que el Tony iba de cabeza sobre el asiento de la motocicleta.

Del Tony se contaban muchas historias nunca comprobadas. Era tema obligado por desalmado, por impulsivo y por *berraco*. Acostumbraba llegar al Cortijo, la primera alberca pública del pueblo y sumergirse con equipo de buzo. El Tony entraba y la gente salía tratando de disimular el miedo que les producía. Frecuentes eran los temores de las muchachas a quienes les echaba el ojo, se espantaban al pensar que podían ser secuestradas o atacadas por el temible "hombrecito" del narcotráfico.

La tranquilidad aparente del pueblo se trastocaba. Particular impresión recibí una tarde en que vi un auto que corría a alta velocidad por plena avenida Juárez —la calle principal— mientras la gente daba la vuelta. El carro "quemaba" llanta y arrancaba de nuevo, luego se detuvo y descendió el Tony, quien comenzó a disparar al aire sus pistolas automáticas. Afortunadamente dos patrullas pasaban, pero las observamos circular a su lado como si no lo vieran, como si el Tony se hubiera vuelto invisible, como si encarnara el personaje de H. G. Wells. Quienes presenciamos la escena nos miramos sorprendidos, supimos que el Tony representaba algo más amplio y poderoso que su ostentosa musculatura.

Los cambios también llegaron a la secundaria, con ellos comenzaron a redefinirse las lealtades. Más tarde iniciarían algunas broncas entre *chivas* o borrachos, contra locos o marihuanos. Era una distinción peculiar entre consumidores de drogas y tradicionalistas que refrendaban su lealtad a la cerveza. Muchos quedamos entre ellos, vinculados a ambos grupos por amistades tempranas. En realidad, más allá de esta diferenciación, todos estábamos atravesados por afectos y experiencias mucho más perdurables y poderosas, pues las amistades no estaban definidas por consumos criminalizados por desconocimiento o por intereses aviesos.

Las muchachas también participaban en esas demarcaciones. A algunas les seducían los carros arreglados de Jorge Fonseca y sus amigos. La disposición de dinero y la ostentación de la riqueza resultaban importantes atributos de seducción. Jorge Fonseca, el Güero Fernández, el Toño y otros más se convirtieron en actores ambulantes que *tecateaban* el pueblo. Algunas jóvenes los imaginaban seguros, poderosos, invencibles.

Eran dos circuitos circulando por las calles. El dinero asociado a algunos personajes deslumbraba y, como quien corre las cuentas de un rosario, la gente iba señalando: «Ya quebraron a *fulanito*», frase que indicaba que había ingresado al mundo del consumo de drogas, aunque después algunos fueron "quebrados" con saña y tiro de gracia incluido. Jorge Fonseca y el Güero Fernández, compañeros de la infancia, crearon un aura que les distinguía. Amistosos, bromistas y sonrientes, imperceptiblemente transformaron el semblante.

Por esos días mataron a Óscar González. Joven apreciado por la gente. Se decía que lo liquidaron los *narcos*, por el uso ilimitado de tortura. Saña impensable, a Óscar le sacaron las uñas de manos y pies, le quitaron los dientes, después le cortaron los testículos y lo quemaron vivo.

El mundo de los tiros directos se estaba acabando. Ya no regía el principio de uno contra uno hasta que el perdedor dijera el consabido: «¡Ahí muere!». Peleas donde la fuerza física y la habilidad definían al triunfador de las lides en los bailes y en los barrios; enfrentamientos donde se limaban diferencias, pero no se buscaba acabar con el adversario. Las broncas se fueron poniendo más desalmadas, con cadenas, palos, navajas, pero la muerte armada también comenzaba a cobrar víctimas. Varios amigos y conocidos cayeron en la cárcel. Sus familias decían que se habían ido a trabajar a Los Ángeles, por eso la gente bromeaba llamándole L.A. a la penitenciaría de Tijuana. Algunos *compas* de infancia corrieron la misma suerte, entre ellos el Güero Fernández, el Toño Heredia, Jorge Fonseca y otros más. La fantasía adquiría nuevas dimensiones. Varias veces mataron al Tony, pero después alguien lo veía en otro estado de la república.

El Toño, el Güero Heredia y el Leobardo comenzaron a adquirir fama singular. Del primero se dicen muchas historias que pocos conocen con certeza; que aguantaba todas las torturas; que en la cárcel se volvió judicial federal; que asesinó alevosamente a unos estudiantes; que victimó a su propio suegro a quemarropa; que se convirtió en guardaespaldas de un importante político; que murió en un enfrentamiento.

El Chato Saldívar tuvo fama legítima debido a su enorme fuerza física y su gusto por los pleitos en fiestas y cantinas. Su apariencia era la de un vaquero del viejo oeste *hollywoodense*, por eso dobló a John Wayne en una película que se filmó en La Rumorosa, lo que le otorgó efímera celebridad. Al poco tiempo cayó en la cárcel donde, a diferencia de la actitud estoica del Toño, bravo para soportar la tortura, el Chato comenzó a hablar sin detenerse proporcionando más información de la que le pedían y mejor querían callarlo porque estaba implicando a mucha gente.

El narcotráfico y el *sicariato* llegaron con gran fuerza y comenzaron a desplegar su pléyade de figuras míticas entre quienes han destacado Pablo Escobar, Caro Quintero, El Señor de los Cielos, el Chapo y el Cochiloco. El *narcomundo* se apropió de las expectativas de futuro de millones de jóvenes en el mundo, quienes fueron seducidos por su poder, su impunidad, sus ofertas disponibles. Por sus canales abiertos drenaron muchos de los mejores sueños tempranos y los medios masivos, al igual que las narraciones populares, refrendaban el carácter extraordinario de sus historias.

El noticiario de la noche vuelve a presentar la nota de la familia asesinada en San Diego. Nuevamente se muestran las escenas reiteradamente transmitidas desde visiones que, más que indignación,

expresan una exaltación morbosa del exceso, un insano regodeo amarillista. La policía logró detener a los homicidas. Son dos hombres cuyas identidades ya fueron esclarecidas. Marcas de indolencia y vacío atraviesan sus rostros. Mientras son sometidos por la policía, ellos permanecen distantes, ajenos, como si fuera uno más de los múltiples programas que se regodean en violencias donde las víctimas pueden ser cualquiera de los televidentes o personas despreocupadas que recorren la ciudad camino a sus escuelas o trabajos.

La locutora identifica a los victimarios al tiempo que sus nombres aparecen en la parte inferior de la pantalla. Las señas de identidad me suenan lejanamente familiares. Sólo entonces logro asociarlas con rostros específicos que aún recuerdo sonrientes, amigables, afectuosos, compartiendo escenarios y rutinas infantiles.

Después vino el veredicto: Jorge Fonseca fue sentenciado a pasar el resto de su vida en la cárcel, cadena perpetua de soledad. Al Güero Fernández le adjudicaron la pena máxima, *muerte* hipodérmica que traspasa la piel, inyección de ausencia. Ahora puedo reconocerlos. No son los mismos, sus rostros cambiaron y endurecieron sus corazones. Aun así, su dolor me duele, son parte de mis recuerdos, de mis amistades, de mis afectos y del pueblo que juntos construimos, por ello, con la noticia, también muere un poco el Tecate de mi infancia.

II

Recreaciones acuchumadas

Recreaciones Acuchumadas

El sitio vital de mis recuerdos tempranos es Tecate, campo de relaciones que se fue ampliando desde las redes familiares y barriales a los sitios de encuentro, a sus calles y callejones y, finalmente, al pueblo entero. De Tecate conservo sus espacios centrales, sus cerros, La Cervecería, las marcas del barrio, rocas y flora que delimitan sus paisajes, la montaña sagrada Cuchumá y, sobre todo, las redes humanas y los afectos entrañables, referentes que proporcionan seguridades y certezas.

Los espacios tecatenses son lugares marcados por coordenadas identitarias que protegen del extravío y por cargas afectivas que sacuden los cuerpos y agilizan los corazones. Las historias personales y colectivas son construcciones noveladas, estampas selectivas en las cuales nos reconocen y nos reconocemos, pues desde la condición proxémica, el recuerdo nos lleva por dimensiones cronotópicas donde anclan las evocaciones y se tamizan los sentimientos.

El pueblo nos habita y sus referencias jamás nos abandonan, quedan adheridas, incrustadas en el corazón y en la epidermis. Nuestras cartografías memorísticas se confrontan magnificadas con la dimensión real de los espacios vividos, mientras que nuestros mapas de representaciones vitales amplían y otorgan nuevos sentidos a los sitios que evocan afectos y recreaciones selectivas cribadas por la memoria, transformadas por los afectos, embellecidas por la nostalgia.

Caminamos las calles tecatenses, sus callejones, sus terrenos baldíos. Escalamos sus lomas, cerros y montañas. Respiramos el olor de sus flores, eucaliptus, pinos, encinos y hierba del monte. Comimos las frutas de sus árboles de azahares, perales, manzanos, membrillos,

higueras, parras y olivos. Vivimos sus cambios de estaciones, con sus crudos inviernos y cálidos estíos. Compartimos las fuertes embestidas de los vientos de Santa Ana y aspiramos el inolvidable olor de su tierra humedecida. Habitamos el pueblo conformando redes emocionales y de reconocimiento que fueron nuestras identificaciones primordiales.

Es difícil reproducir el espacio simbólico del pueblo, pero podemos rastrear nuestra cartografía de recuerdos para darle el homenaje mínimo: el reconocimiento, pues sus lugares tatuaron nuestras referencias afectivas generacionales. Interiorizamos los espacios tecatenses, pero también los definimos, los inventamos y los cargamos de sentido.

Los espacios conforman nuestras historias y afectos, por ello el ejercicio proxémico conduce a los centros mnemónicos donde anidan los recuerdos para recrearlos y confrontarlos con los espacios recordados.

Tecate es nuestro, ignoramos si el nombre aluda a la tierra o la piedra cortada o si proviene de zacate, pero entendemos sus usos y sabemos distinguir el Tecate que nombra al terruño y la tecate de manos frías y tardes cerveceras. Nadie confunde a los tecatos de brazos marcados con arponazos con los tecatenses. Tecateamos por sus calles, te cateamos si te pasas, te catea la placa, la tira, la tiranía. Tecatito está al norte, en Estados Unidos, y su vida ha estado marcada por las rutinas de acá, del Tecate nuestro.

Desde la exploración ensayística y literaria diversos tecatenses han sido atrapados por la tirisia y han sentido necesidad de recuperar escenarios liminares y experiencias primarias. Situación no casual, aunque poco sepamos de los tejidos que les guían. ¿Cuáles son las

imágenes que prevalecen?, ¿Cómo actúan los rasgos geoantrópicos?, ¿Qué tienen en común estos anclajes memorísticos?

Una de las primeras recuperaciones literarias de Tecate corresponde a Víctor Manuel Peñaloza, quien elaboró un poema octosilábico formando un relato mítico del Cuchumá[1]. Peñaloza imaginó al valle tecatense como asentamiento de una tribu trashumante que escapaba de la conquista y vivía de la caza y la recolección de piñones. Itztakat era una bella doncella de esta tribu destinada a los dioses y debía ser sacrificada un día a la luz de Xhá. Pero llegó Cuchumá, un joven y apuesto guerrero de otra tribu aceptado por el huéman, quien le prohibió que se acercase a Itztakat. Las advertencias fueron inútiles, Itztakat y Cuchumá se enamoraron y fueron condenados a muerte.

Itztakat partió su corazón con la punta de una flecha. Abatido, después de sepultarla, Cuchumá se quitó la vida. Frente a este acto límite de amor, los dioses se conmovieron y convirtieron a Cuchumá en montaña que cobija a Iztakat en su seno y vigila a la ciudad de Tecate.

Peñalosa también construyó imágenes de personajes proscritos que optaron por los senderos del licor: los teporochos del pueblo, personajes conocidos, inofensivos, habitantes de otros espacios de la realidad. Imágenes comunes visibles, públicas, anti ejemplares pero insoslayables, cercanas, familiares, amistosas, con quienes se puede viajar por sinuosos caminos imaginados, evadirse de los recuerdos y los compromisos sociales, compartir historias conformadas desde las alucinaciones etílicas o pernoctar en las calles y callejones cobijados por los rayos lunares y el líquido generoso que raspa la garganta.

1 Víctor Manuel Peñaloza Beltrán. *Ecos del Cuchumá*, Editorial Californidad, 1966.

Los solares de Ítaca

Tecate enmarca los recuerdos familiares, tema recurrente en los escritores del terruño que recuperaron las marcas liminales. Es el sitio donde José Javier Villarreal explora los castillos encantados de la abuela, confronta azorado la pulcritud del miedo, arranca graffiti hechos de sueños en paredes tras las cuales disfruta del beso subrepticio y apasionado que atemoriza y redime o platica con los muertos de su familia.

Mi abuelo:
De madrugada platico con los muertos de mi familia, con mi abuelo pulcramente vestido en su despacho viendo a su ventana que nunca estuvo frente al mar; platico con la abuela, con sus tardes y lecturas, sus castillos encantados y sus príncipes hermosos; platico con ella frente a una iglesia que todavía existe. De madrugada, Tecate es una casa inmensa, un laberinto, un parque público, los ojos de un niño, mordido por el miedo, que no me reconocen. De madrugada Tecate es un reptil oscuro que me sale al paso, un ángel con la mirada dura, una mujer vencida: el viento. Platico con mi abuelo y su dureza alcanza los márgenes del llanto, me alcanza en el juego de pelota cuando ni siquiera llego a la primera base, cuando me quedo callado conteniendo las lágrimas, escuchándolo, odiándolo; pero ahí está la abuela con su ternura bordada al vestido, con sus sueños de muchacha quebrados contra el muro, con su beso apasionado que me da por las tardes cuando el abuelo duerme. Tecate vuelve a ser entonces un solar que me mira por la ventana, la historia de aquel adolescente que se fue y jamás volvió. Tecate vuelve a ser un

borracho que se queda dormido en la avenida Juárez. De madrugada platico con mis abuelos, o mejor dicho, ellos platican entre sí.[2]

Sitio de confianzas y peligros, de márgenes íntimos con certezas y amenazas, Tecate es un reptil amenazante, miedo nocturno, acechanzas que interpelan con mirada severa, imagen tierna y entrañable de mujeres vencidas o fantasmas internos despertados por evocaciones y ruidos de vientos otoñales. Espacio de imágenes queridas, Tecate se forma con sentimientos duros, se borda con sueños castrantes, apasionados. Es la condición múltiple de amores cercanos, elípticos, que confrontan la caricia subrepticia y destejen los temores para recuperar su dimensión cercana, cálida y familiar, que expulsa, aleja en sus viajes sin retorno a los que emigraron, pero nunca se fueron, quienes no lograron trasponer sus fronteras. El pueblo asoma por la ventana, atisba las vidas personales, difumina las distancias de lo público y lo privado. Tecate es la Ítaca de Villarreal y de quienes tuvieron que dejarlo añorando retornos gloriosos para poder confrontar los personajes que habitan sus recuerdos.

Los ámbitos íntimos de la infancia cruzan los tenues umbrales que separan los afectos familiares y la dimensión del pueblo como experiencia vivida; pueblo-familia, que vincula redes complejas con afectos entrañables. La condición difuminada de estos umbrales aparece en textos que, abigarradamente, incorporan las dimensiones locales y familiares. Atisbando por la ventana se puede transitar de un mundo amenazante con sus problemas internos y existenciales, o volverse cálido, amoroso, como los besos públicos o subrepticios que refrendan los afectos.

2 José Javier Villarreal, "Mis abuelos", en *La procesión*, Monterrey N. L., Joaquín Mortiz, 1991.

Los tangardeles de padre

El recuerdo de Marco Antonio Morales, se construye mediante imágenes familiares, figuras cercanas y distantes, entrañables y ausentes, silenciosa como las lágrimas de madre y los cerros yupanqueros que fielmente esperan el retorno. Padre está en el pueblo, pero no sus canciones.

no encontramos a padre
y le buscamos hasta el final
de las cervezas

el recorrido por la infancia es interminable
y tampoco le encontramos

los rincones de Tecate no tienen
los tangos de Gardel que padre tanto repite

mamá explica el problema
y dándose vueltas se quita lágrimas
y parece que padre no regresa más
¡ah qué viejo!
le salieron los sesentaitantos años
por el orgullo

nosotros
para celebrarlo,

nos echamos otro trago
y es que padre
no vino a dormir ayer.[3]

Marco Antonio Morales también acude a personajes reconocibles, aquellos que estando afuera pueblan la cotidianidad. Experiencias de afecto, referencia y compañía asociadas al extravío, al abandono, a prácticas que marcan la infancia como la pobreza, o la cíclica felicidad emanada de muestras de cariño que brotan del interior de una caja de zapatos:

recuerdo
a la edad de 6 años o menos
ver llegar a padre con amigos
en un taxi (un "de soto")
después de hablarme
para medir mi pie
(con su cinta stanley)
un rato de risas e irse
a embriagar, con el quico, el chicle y los demás
seguramente yo no salía a vagar en todo el día
esperando a padre y el paquete
y él me despertaba por la mañana
para ponerme los zapatos

3 Fragmento del poema "Los tangardeles de padre" de Marco Antonio Morales en Valenzuela, Espinoza y Castillo (comps.), *...y todos tiramos piedras: antología literaria de Tecate*, Mexicali, Baja California, Ed. Cuchumá, 1987.

(inevitablemente negros y altos)
que deberían durarme el año[4]

La palabra y la experiencia dan vida a los espacios, cargan de afecto a nuestras calles y callejones, enmarcan amistades entrañables. Tecate es nuestro, como las piedras que arrojamos o las botellas que consumimos. Con ellas inundamos al pueblo, pero también con ilusiones y nostalgia que llevamos adheridas, porque hasta Cuchumá, el fuerte guerrero deviene figura petrificada cuando pierde los lazos afectivos que lo animan, como nos recuerda Marco Antonio Morales:

"Porque somos de callejones decidimos tomar la avenida y nos pusimos a tirar piedras; todos tiramos piedras, cada quien, según su tamaño, las aventaba lo más lejos posible; vaciamos las botellas, las arrojamos a las calles, inundamos el pueblo; al final, nos lo llevamos en pedazos a diferentes lugares; diáspora al rojo vivo. A la ciudad la fuimos armando cada quien a su modo: la calle 14 la hicimos Revolución y la Espinoza la mandamos al Cuchumá; el guerrero petrificado quedó despachando en el palacio municipal. Tecate es nuestro, en su lugar queda un hueco lleno de palabras"[5].

4 *Ibid.*
5 Marco Antonio Morales en Valenzuela, Espinoza y Castillo (comps.), *...y todos tiramos piedras: antología literaria de Tecate*, Mexicali, Baja California, Ed. Cuchumá, 1987.

El aroma del recuerdo

Francisco (Pancho) Morales recrea poéticamente los recuerdos de infancia inundados por el esplendor de aurora de la nana con sus blancos cabellos y sus espejuelos que todo miran, que esparce dulzura entre miradas de miel y chocolate. La nana cuyas manos callosas son guías que conservan la vida de majestuosos olivos, vides, rosales y geranios. Nana de silencio, rezos, rosarios y esperanzas:

...Reina de las harinas y los granos y escobas
comparsa con los rosarios y las avemarías
La Nana nos entrega la esperanza en el hombre
el amor
pan de vida
que nos niega la calle.[6]

Tecate es añoranza conformada en el campo del hogar y sus orillas, donde Francisco Morales redefine las figuras familiares, sus júbilos, pasiones, tristezas confundidas con lluvias de estío, como soledades adormecidas de sueños sin esperanza, bizcochos sin ombligo, nietos que no han llegado:

Ana
Mi hermana decide preparar la harina
postergar triste navegación por la orilla del pasado:

6 Francisco Morales, "El aroma del recuerdo", en *Poemas del hogar y sus orillas*, Toluca, La Tinta del Alcatraz, 1994.

no quiere esta mañana
otra escarbadura sin la comparecencia de sus hijos
de sus nietos
que todavía no nacen

Ha entrado en componendas con sus pobres costillas
y masculla entre risas reproches a la estufa
a las ollas sentada en la ruina habitual
donde representamos las comedias de siempre

Para los vástagos enronquecidos por el agua fría
(y para los Josés —Luis y Socorro—
aún presentes en sus ceremoniales y vanaglorias)
serán las empanadas
los buñuelos
los bizcochos sin ombligo
Mientras ruedan gotas de lluvia
en el adormecimiento de un julio de Tecate
Hallará trigo pleno
El hombre de la casa
atardeciendo el día.[7]

Entonces Tecate es la reunión entrañable, ritual recreado frente a una humeante y aromática taza de café adornada por charlas profundas y triviales donde transitan estampas vivenciales de parientes y amigos. La vida del pueblo transcurre en torno del café con canela compartido

7 Francisco Morales, "Ana", en *Poemas del hogar y sus orillas*, Toluca, La Tinta del Alcatraz, 1994.

en la cocina que remonta a concentraciones prístinas en torno al fuego seminal. Ritual antiguo conservado por el calor poético evocado en los recuerdos familiares.

El aroma se asocia a las personas, se mimetiza con el recuerdo. La soledad, apostada frente a una taza de café, convoca a una procesión de acompañantes que circulan por la cocina en torno al fuego donde también se reservan lugares para los ausentes, para los muertos, para quienes aún no llegan. El rosario se teje con las horas transcurridas, las que están por venir, las que seguirán enmarcando el azul de los cielos y el gris de los olivos, las horas intranquilas que aguardan para la procesión. La evocación es tiempo suspendido que otorga rasgos distintivos al olor que escapa del café que tomamos pensativos bajo la omnímoda mirada de la nana.

Saudade
Ya estará humeando en la cocina
la estufa
a esta hora en que esperan
para la procesión
las horas intranquilas
y de la cafetera
la infusión oscura y cargada de misterio
de hondas evocaciones
hará llegar el sobornante aroma
la tierna calidez de un paraíso
a quienes
distraídos

por el pasillo crucen:
El tata Ekaterina Iván El Vale
Gloria
los ecos de los que ausentes para siempre
muchas veces
aquel trayecto hicieron
—la sala el comedor y la cocina—:
La Nana Rita El Tío Jesús Lolito.
Viendo por la ventana
han de saber tus ojos
Nana
de tanto azul del cielo
del gris de los olivos
de los cactos y plantas que cultivas
Viendo por la ventana
no encontrarás los rostros de algunos de tus hijos
tampoco a tus hermanos.

Arrojarás suspiros
supongo
vieja linda
y tiernas oraciones
quizás una sonrisa por algún buen recuerdo.

Es la hora del café
el momento de las alucinaciones agradables
pero vertiginosas

el impreciso tiempo del día detenido
«meditando en su propia muerte»
alguien diría
el vuelo de los cuervos
o la quietud del viento
lo declaran
mi nostalgia por tu paz taciturna
así lo mira...

De mi taza al café
que haz de servirnos
Madre
trazo una línea recta
a esta hora de la tarde
en que humeando ha de estar en tu cocina
la estufa
cuando para la procesión
las sombras intranquilas de la noche esperan.[8]

La apropiación se realiza mediante representaciones compartidas por sus personajes, figuras creadas por el rumor o la veracidad, refrendadas por la vivencia o la constancia privilegiada del observador. Ahí se confrontan los imaginarios sociales con sus propias construcciones. Se destaca la cercanía íntima de los actores, la transparencia de sus actos, la dimensión comparable y contrastante de sus conductas, el dolor compartido por sus muertos.

8 Francisco Morales, "Saudade", en *Poemas del hogar y sus orillas*, Toluca, La Tinta del Alcatraz, 1994.

Las pasiones del Johnny Tecate

Roberto Castillo construye Tecate a partir de personajes ficticios pero reconocibles. Opta por la mirada de actores y redes que dan vida a los recuerdos. Atisba las pasiones y debilidades morales, recrea conductas arquetípicas e imágenes costumbristas. Desde ahí recupera la dimensión profana del oficio religioso, los personajes que concentran estigmas de infracción, el recolector de imágenes estáticas y trizadas cuya cámara sacraliza situaciones, genera réplicas personales que constatan el estar ahí, el paso por la vida.

Castillo transita de la poesía erótico-amorosa al voyeurismo social que retrata y describe postales marcantes de la vida tecatense. Las debilidades y virtudes de sus personajes, sin ser exclusivas, son identificables. Por sus poemas desfila el romántico que desborda amor por una morrita de la frontera con cabellera salpicada del sol; el poeta que atrapa poemas al paso y construye al mundo como recreación de nostalgia y poesía; mujeres que se desgastan con caricias subrepticias detrás del ferrocarril entre chamizos y gordolobos; el peluquero que peina tragedias adheridas a los cabellos caídos, mujeres excelsas de senos oscuros y pasiones escondidas que sólo la luna conoce; los amargos recuerdos insoslayables y dolorosos del teporocho; las reinas de las fiestas que son estaciones de vida ...y amor; los fracasos e ilusiones rotas de quienes emigraron buscando mejor vida pero encontraron la guerra, la derrota y la soledad, con su resaca de mortales recuerdos:

El Quico

Salí de secundaria y emigré pal otro lado, buscando
mejorar mi vida. Los gringos me llevaron a la guerra de
Vietnam y nadie supo más de mí. Años después regresé a
Tecate, divorciado, derrotado y solo, con pedacitos de
guerra entre mis manos, ruidazal de bombas en mis sueños,
lamentos orientales en el oído y un insomnio que trato de
callar con botellas de olvido y cervezas de dolor,
estrellando mi orgullo en la cantina de Chavarín.[9]

Junto a metáforas de amores piel de seda, Castillo también reconstruye a Tecate desde personajes proscritos; los que vivieron al filo de la navaja; los sospechosos de todo acto delictivo; raza que torció pronto y a los 10 años contaba historias de castigos y encierro, de cárceles y amores. Personajes que lloran quedito cuando regresan a la perla del pueblo, fábrica de frescura para niños que corrían tras los carros de paletas.

El Chelino

Desde la primaria he sido encadenado,
y como Houdini, el maestro, siempre escapo
de penal y familia, deuda y correccional.
Cárceles y amores
nunca me han retenido
pero cuando regreso a Tecate

9 Roberto Castillo Udiarte, "El Quico" en *La pasión de Angélica (según el Johnny Tecate)*, Cecut, 1995.

lloro quedito, muy quedito,
porque no hay cerradura en el mundo
que a mis dedos se resista,
excepto aquella que esconde
la perla de mi infancia. [10]

La recreación de Castillo se forma con actores de la vida cotidiana, como la especial condición de la encargada de registrar la vida documentando nacimientos, matrimonios y defunciones. Raíces vitales que se prolongan por generaciones. Personajes privilegiados por cuyo espacio trascurren chismes e información que no les pertenece.

Las evocaciones metafóricas de Castillo son agudas, lapidarias: mariposas de bar con bluses tristes, solitarios; sirenas de deseo instaladas en bañeras de infantes; mujeres fantásticas que deambulan por la ciudad con una eterna paloma sobre la cabeza; el gozo culposo de la felicidad circense que se refrenda y exculpa con boletos de cortesía; la evasión poética y procaz de frágiles y poderosos insomnes magos de la vida cotidiana. Indios yumanos de piel de noche e indias hijas de cuervo y chanate, coyote y venado que toman café en los ocasos acuchumados; los sueños amorosos de las púberes, sus deseos desbordados y las búsquedas que las alejan; romances editados con bellas tipografías; sueños amorosos enredados en el viejo bastón del encargado del orden; extranjeros canela, rojos, amarillos o blancos que llegaron para quedarse; curadores de males del cuerpo y del alma; amoríos que son viacrucis, deseos diluidos entre santos, veladoras,

10 Roberto Castillo Udiarte, "El Chelino" en *La pasión de Angélica (según el Johnny Tecate)*, Cecut, 1995.

iconos y rezos; personajes nostálgicos que tienen el poder de traspasar fronteras, de viajar lejos, muy lejos, más allá de La Rumorosa, del dolor y del Cuchumá.

El viejo Ceceña

Dos veces al día vengo a la estación
aunque el tren ya no pasa por aquí.
En cada pasajero leía una historia de tierras lejanas,
en cada maleta una vida arrugada entre la ropa.
Hacía feliz a la gente con un boleto
que los llevaría más allá del Cuchumá,
más allá de La Rumorosa,
más allá del mar y del desierto.
Mis boletos eran aventuras, unos iban, otros venían.
Creo que la vida es así. [11]

11 Roberto Castillo Udiarte, "El viejo Ceceña" en *La pasión de Angélica (según el Johnny Tecate*), Cecut, 1995.

Mnemósine y el Vikingo

«De la vista nace el amor», dice un viejo apotegma popular que enfatiza la relación entre percepción, apropiación sensorial e involucramiento emocional. Ésta es la relación que da nombre a Miradas y querencias de Víctor Alejandro Espinoza Valle[12]. La mirada aparece marcada por la distancia espacial, mientras la querencia conlleva la interiorización del objeto/sujeto/sujeta que la produce. La mirada marca la experiencia, es constancia de participación, de estar ahí y puede ser personal o colectiva convirtiéndose en referencia grupal y generacional. La mirada requiere la presencia de aquello que atrapa o interpela, las querencias nos habitan, nos acompañan internamente, se mantienen, recrean y reproducen en el recuerdo. Miradas y querencias nos conforman, nos cicatrizan, participan en la definición de experiencias personales y colectivas, por ello, aunque Espinoza realiza una construcción que le pertenece, muchos podemos reconocernos en ella.

En Miradas y querencias, Espinoza hurga los recuerdos de la matria, empresa iniciada en trabajos anteriores, especialmente en la crónica fronteriza donde recupera las memorias de su abuelo Don Crispín[13]. Retomando la perspectiva de Luis González y González, vuelve la mirada a los espacios breves, íntimos, cotidianos, afectivos. Sus anclajes memorísticos lo conducen al Tecate de su (nuestra) infancia, como certeza recurrente de que sólo nos humanizamos a través del recuerdo. A diferencia de muchos de los grandes y pequeños gregarios

12 Víctor A. Espinoza Valle, *Miradas y querencias: crónicas y ensayos*, Mexicali, ICBC, 1995, 150 págs.
13 Víctor A. Espinoza Valle, *Don Crispín, una crónica fronteriza*, Tijuana, El Colef, 1a. ed., 1990.

de la modernidad que se despersonalizan negando sus orígenes para asumir una forzada condición universal, Espinoza es ciudadano del mundo que exhibe orgulloso sus marcas fundantes. Las querencias son retazos de memoria que el autor ofrece; lazos fundamentales cargados de afecto entre el entonces y el ahora. En el callejón Madero crecieron Abel Valle, Rubén Medina, Reynaldo y Javier Vázquez, Manuel Soto, Raúl Rebelín, Rubén Ruiz, los ilusionados y altruistas Vikingos, la clica infantil que no enfrentaba mares indómitos, sino las vicisitudes semiurbanas del callejón. Construyeron querencias y complicidades tempranas en disputas deportivas, gestos solidarios y experiencias marcadas por la tranquilidad de entonces.

Los tributos a las experiencias y amistades de la secundaria y la preparatoria amplían el campo del recuerdo, pero había que salir a encontrar nuevos caminos. Víctor optó por Mexicali, su segunda matria erigida entre ascetismo estudiantil, exaltación de pasiones, hazañas juveniles, compromisos políticos y el descubrimiento de un México más amplio e injusto a través de lecturas tempranas de Eduardo del Río, puente central entre la pereza o la lectura exclusiva de fanix de monitos, y los libros serios con páginas llenas de letras. Pronto se abrieron nuevos mundos al calor de lecturas marxistas, posestructuralistas y literarias. Conjuntamente con la carga académica, se formaron los «poetas, teatreros, roqueros, salseros, pintores, vegetarianos y románticos descarriados».

Encuentro afortunado, en la microhistoria Espinoza descubre el hilo conductor de sus notas. Por eso escudriña las particularidades de la historia pequeña tras las señas de identidad. La historia oral encarnada en la vieja Mnemósine volvió rejuvenecida contando

historias que muchos tecatenses conocen. Desde la microhistoria Espinoza recrea aspectos importantes de esos relatos que conforman umbrales insustituibles de identidades íntimas, el corazón del pueblo, las odiseas de la raza, los cotorreos del terre, la historia oral como asidero de la identidad comunitaria.

Espinoza recupera dos aproximaciones centrales de producción de conocimiento: el trabajo académico y el ensayo; con ellos explora el mundo fronterizo, debatiendo algunos de los temas que han marcado las percepciones sobre la vida y los habitantes de la región septentrional. Discute los principales estereotipos de la supuesta desnacionalización de los fronterizos. Los efectos y significados diferenciados de la colindancia para los habitantes de ambos lados de la frontera, sus ventajas y desventajas, las características de las entidades y municipios desde la base económica, sus estructuras de relaciones políticas con el poder central y las características específicas del lugar estadounidense con el que se colinda.

Recuperando una loable tradición de observación participante, también dirige la mirada a las vicisitudes que definen la migración indocumentada, enfatizando las diferentes redes, actores, zonas de cruce y contactos, sobre todo, ubicando la dimensión humana que subyace a las expectativas de quienes, de manera subrepticia, intentan el ingreso a Estados Unidos, siempre atentos a los movimientos de la migra, sus perros, sus moscos, sus patrullas. Hay varias formas de cruzar fronteras. Espinoza discute algunas que demarcan historia y literatura. Atisba las fronteras sociales con sus parafernalias de distinción destacando la perversidad bien intencionada de las damas bien, y presenta un panorama general que podríamos

ubicar en la redefinición de las fronteras, que al final de cuentas, tiene que ver con la manera en que nos construimos y relacionamos como humanos.

Monitos curados

La (re)creación tecatense no sólo se realiza desde el campo literario, sino también la plástica y la escultura realizan esa labor simbólica a través de la obra de artistas talentosos como los maestros Álvaro Blancarte (pintor, muralista e instalador) y el escultor Salvador Magaña. Blancarte es el artista plástico más destacado de Baja California (y más allá) y generosa figura germinal como formador de nuevos artistas, mientras que Magaña despliega su notable nivel escultórico custodiado por el cerro del Cuchumá. Discípulo de Blancarte, en cuyo taller inició su formación en la pintura, Gabriel Adame conformó su propia perspectiva del escenario tecatense a través de su obra plástica.

Los monitos y moneros refieren a una rica tradición cuyos orígenes se remontan a las "ilustraciones" de La Colonia o los cómics y cuentos decimonónicos, cuando los monitos incorporaron la condición humorística como recurso de resistencia social, desacralizante y crítica frente al poder y sus representantes. Los monitos han tenido la capacidad de interpelar a amplios públicos iletrados o escasamente letrados y formaron parte de propuestas editoriales que llegaban a miles o millones de mirones, pues no siempre eran lectores.

Reinterpretando a su manera la tradición de los monitos, Gabriel Adame construye vínculos culturales entre campos que tradicionalmente aparecen artificialmente separados. Sus puenteos culturales incluyen la hibridación de la actividad plástica definida desde los campos legitimados y elementos de la cultura popular. En estas articulaciones, reinventa la memoria como eje central para recrear paisajes entrañables que se manifiestan desde sus monitos.

Adame recorre sus experiencias marcantes, como si se tratara de una ofrenda memorística que se alimenta de lo cotidiano, lo sacro y lo festivo. Los tiempos ordinarios y extraordinarios se conjuntan en la recreación que el artista comparte con nosotros, así como en los anclajes que propone como referencias que evitan el extravío o la dispersión de los recuerdos.

La mirada retrospectiva de Monitos curados se conforma desde estampas irrecuperables. Son imágenes que demarcaron el pueblo de la infancia y sus personajes. Figuras reconocibles como Panchito el Tamalero, cuya vista apagada no le impedía reconocer la denominación de los billetes, el elotero, o los pobladores originales, casi siempre personificados en las figuras del indio Domingo y sus amigos, depositarios de una tradición anterior a la frontera.

Los campos que tejen la textura social de los Monitos curados se definen desde ámbitos laborales, donde aparecen los artesanos tecatenses, especialistas en el trabajo con barro y vidrio soplado; artista que extienden las posibilidades de la tierra tecatense para crear obras emanadas del oficio y el ingenio. Pero Adame no sólo navega en la dimensión figurativa, también crea cuadros costumbristas, como la vendedora de frutas, donde la obra es un pretexto para reeditar lo cotidiano y dar vida a imágenes evocativas de los maestros.

El pueblo familiar se reconstruye desde los juegos infantiles enmarcados por la omnímoda presencia del Cuchumá. A ella parecen dirigirse los vientos que conducen el suave vuelo de los papalotes, como sueños tempranos que recorren los patios baldíos que antecedieron al asfalto. Solares poblados de voces, muchas veces adheridas a los trompos y canicas con los que se formaban los sentidos de la vida.

Inventor de estampas que dan significado a las rutinas cotidianas, Adame recrea tiempos sociales donde se tejen memorias colectivas y se definen campos de identificación. Entre ellas destacan espacios de encuentro, como la iglesia, el cine y el parque, en cuyo quiosco entre "vueltas", baile y música se definían encuentros y desencuentros amorosos. También aparecen las fiestas, sitios lúdicos de suertes, rifas y diversión. Las ferias enmarcaban los ánimos adultos e infantiles. Entre ellas, Tecate en Marcha y la Romería fueron sitios privilegiados por su gran capacidad de convocatoria. Las ferias eran encuentros de emociones jubilosas y el pueblo su protagonista, pero el castillo pirotécnico representaba la cumbre festiva. Junto al castillo, siempre con un cigarrillo en la mano, el cohetero se llevaba las palmas o los abucheos. Ése era el momento propicio para que los niños burlaran la vigilancia de los padres y cuidadores fortuitos para lanzarse en carreras circulares en torno al castillo que arrojaba ígneas luces multicolores. También corrían tras el torito, en un juego de papeles alternados de perseguidores-perseguidos conducidos por el curso impredecible del animal pirotécnico que lanzaba los fugaces y temibles buscapiés.

Mundo de adultos, mundo masculino, los bares representaban campos proscritos, que convocaban al voyerismo. Las cantinas eran sitios misteriosos para la mirada infantil, que dejaban salir notas de música ranchera, boleros y corridos, pero también ayes lastimeros y gritos jubilosos.

Adame no se limita a una recreación embellecida por la distancia, también presenta condiciones y actores emergentes, como la presencia de los cholos, quienes se atrincheraron en nuevas formas de

expresión juvenil y naufragaron entre las fuertes dosis de violencia que contra ellos se usaron, así como las que ellos mismos construyeron. También presenta figuras dolorosas de una nueva zoología fantástica inadvertida para Borges, conformada por ampulosos lanzafuegos urbanos de mirada extraviada. Junto a ellos, otros personajes proscritos conformaron nuevos paisajes de pobreza y necesidad y sus llamas se multiplicaron por semáforos y cruceros de las grandes ciudades contemporáneas.

Monitos curados reconstruye imágenes mitificadas, recuperadas de la literatura caballeresca con sus figuras quijotescas. Reinventa figuras mitológicas que rompen sus territorios míticos, como las sirenas del desierto, cuyos cantos insoslayables se escuchaban recurrentes en Tecate. La gente se engañaba pensando que el canto de las sirenas era el silbato conminatorio y orientador de la planta cervecera.

Adame es un personaje de su obra. Su mirada retrospectiva le obliga a atravesar el espejo. Saltando entre las hojas de Lewis Carol, se reinventa en el proceso mismo de la recreación plástica. El artista se mira en el espejo del lienzo y recrea los mojones que indican las certezas de la vida, sabedor de que, desde un salón de clase, o desde cualquier sitio en que se encuentre, domina la cartografía familiar del pueblo que lo habita, conoce sus coordenadas emocionales. Por ello, frente al extravío no requiere desandar caminos recorridos, le basta deletrear las marcas personales dispersas en las calles y callejones del recuerdo.

Monitos curados es una narración plástica, una pintura memorística, un impresionismo costumbrista y una crónica visual. Es producto de los trazos entrañables de un artista que frecuentemente

se fuga de sí mismo, se desdobla, deviene monito para interpelar las miradas que recorren sus cuadros.

Gabriel Adame expande la profundidad de sus trazos para ofrecer un homenaje al terruño. La fuerza evocativa de sus paisajes, personajes y situaciones conforman una trama definida desde la articulación del texto visual y los múltiples contextos sociales e imaginarios que lo recorren. Lo curado de estos monitos es su capacidad de interpelación que nos convoca a revisitarlos desde nuestros referentes míticos, simbólicos o biográficos, condición feliz que les otorga la fuerza para que, más allá de fronteras estrechas, conformen puentes dialógicos donde se reconozcan las múltiples miradas que participan en la definición de la experiencia humana.

La unión de la diáspora

Al final quedan constancias nostálgicas, apropiaciones memorísticas diacrónicas de un pueblo conformado desde espacios afectivos, íntimos donde Tecate es la familia extendida, ampliada, el gendarme de los mundos privados. Los recuerdos del pueblo se tejen con historias familiares, cotidianas, las rutinas del barrio con sus gestas heroicas y solidarias, los fantasmas acechantes, las cicatrices del alma, los amores felices y contrariados, la iniciación en la cachondez, el descubrimiento compartido de los sitios de encuentro.

Una marca de la reinvención del pueblo es la dimensión proxémica, la alusión recurrente a lugares reconocibles y referencias comunes. Tecate nos habita desde sus calles y callejones, sus cerros y pendientes, sus comercios, la tienda de la esquina, sus árboles y rocas. Los mapas mentales remiten a experiencias compartidas, construidas en tiempos y espacios que juntos construimos.

Un elemento recurrente es el reconocimiento a través de personajes públicos. No sólo las figuras institucionalizadas ni los custodios oficiales de la moralidad, también los personajes proscritos, la raza, la broza que se aferra a sus pedazos de realidad como constancia de vida, los habitantes de las periferias sociales y mentales, los transgresores, los iconoclastas, los malvados que pese a todo lloran quedito cuando regresan porque, al fin de cuentas, juntos montamos la representación de nuestra infancia.

Otro aspecto que delinea la recreación literaria del terruño es el estigma de Odiseo que añora el regreso a una Ítaca que nunca podrá recuperar. El destete del pueblo deviene conciencia de diáspora. Una

conciencia de la cual emergen metáforas nostálgicas que alimentan la recreación colectiva del pueblo que habitamos y nos habitará hasta la muerte.

Hace años, un indio lakota me comentaba que cuando uno se extravía debe regresar al punto de partida y reiniciar el camino. De la misma manera, el ejercicio memorístico nos permite una importante recreación que nos conduce al origen; anamnesis mediante la cual podemos valorar y revalorar lo que somos, reorientar rumbos, revalorar afectos, redefinir senderos, y (re)construir el sentido de la vida.

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

Tecateando el recuerdo es una obra construida con ocho cuentos sobre estampas, historias y escenas reconocibles de los espacios que definieron la proxemia cotidiana y los entramados emocionales de Tecate, pueblo mágico que convoca experiencias marcantes e inteligibilidades humanas. También incluye un ensayo sobre textos que recrearon escenarios liminares del pueblo que juntos construimos y que nos habita como Aleph de emociones que convoca una procesión trizada de imágenes y de figuras entrañables.

José Manuel Valenzuela Arce es profesor investigador en El Colef e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt. En 2019 obtuvo el Premio Heberto Castillo y la Cátedra Gonzalo Aguirre Beltrán. En 2017 fue *fellow* del Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS). En 2005 recibió la beca Guggenheim y en 2001 recibió el premio internacional Casa de las Américas de Cuba. En 1994, ganó la beca de la Rockefeller Foundation y la Universidad Federal de Río de Janeiro. En 2013 obtuvo el doctorado *honoris causa* de la UABC. En 2012 obtuvo el Premio Estatal de Ciencia y Tecnología de Baja California. En tres ocasiones recibió la mención honorífica del premio nacional de antropología social Fray Bernardino de Sahagún.

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California